

MARCELA

6

# ¿A CUÁL DE LOS TRES?

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS

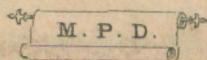
POR

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe  
el día 30 de Diciembre de 1831.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta  
de censura de los teatros del Reino en 8 de Mayo de 1849.

QUINTA EDICION



PRECIO: 8 REALES

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,

Calle de la Cava-alta, núm. 5.

1831.

---

PERSONAS

**Marcela**.....  
**Don Timoteo**.....  
**Don Martín**.....  
**Don Amadeo**.....  
**Don Agapito**.....  
**Juliana**.....

---

ACTORES

DOÑA CONCEPCION RODRIGUEZ.  
DON ANTONIO DE GUZMAN.  
DON CARLOS LATORRE.  
DON PEDRO GONZALEZ MATE.  
DON JOSÉ VALERO.  
DOÑA RAFAELA GONZALEZ.

*La escena es en Madrid, en una sala de la casa de Marcela.*

---

Esta composición pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo, español y extranjero, y es propiedad de su editor, *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscripción de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

---

---

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

MARCELA, DON TIMOTEO, DON AGAPITO y JULIANA.

Don Timoteo y Juliana aparecen en el fondo disputando: Marcela y don Agapito más inmediatos al proscenio, sentados, haciendo aquella una petaca, y este un cordón.

TIMOTEO. ¡Si no quiero! ¡Hay tal porfia!  
Mi habitacion es sagrada.

JULIANA. ¡No he de dar una escobada  
dónde hay tanta porquería!

TIMOTEO. ¡Qué importa? No lo consiento,  
no lo sufro; y si te atreves...

JULIANA. Pero...

TIMOTEO. En tus manos alevés  
va á morir mi nacimiento.  
A tal ruina, á tal estrago  
ya no hay paciencia que baste.  
Ayer rompiste ó quebraste  
mi Baltasar, mi rey mago.  
Hoy con los zorros fatales  
me has hecho trozos, añicos,  
dos pastores con pellicos,  
ó si se quiere, zagales.

JULIANA. Pero señor...

AGAPITO. Lindamente.  
Primoroso va el tejido.

TIMOTEO. Reniego de tu barrido.

JULIANA. (Entre dientes.) ¡Vejestorio impertinente!

- TIMOTEO. ¿Qué dices de vejestorio?
- JULIANA. Yo...
- TIMOTEO. Mira que si me irrito...  
¿Qué hace usted, don Agapito?  
(Se acerca. Juliana arregla los muebles.)
- AGAPITO. Nada: un cordon de abalorio.
- MARCELA. Agapito es muy amable.
- AGAPITO. Sabe usted cuál se desvela  
por complacer á Marcela  
mi amistad inalterable.  
Prosigo pues mi cordon  
mientras ella se ejercita  
en su petaca de pita.
- JULIANA. ¡Qué enfadoso maricon!
- TIMOTEO. Segun parece, es de moda  
esa labor ó tarea  
entre las damas, ó sea...  
¡Pero dí, no te incomoda  
esa mano de mortero  
en la tuya delicada?  
¡Qué moda tan desairada!  
No llega al mes de Febrero.
- MARCELA. En algo se ha de pasar  
el tiempo.
- AGAPITO. Esa bagatela  
es del gusto de Marcela.
- MARCELA. Mejor es eso que holgar.
- AGAPITO. Y yo diré en todas partes  
que es obra muy singular,  
y que la debe premiar  
el Conservatorio de Artes.
- MARCELA. Alabanza lisonjera,  
digna de un joven tan fino  
como usted.
- TIMOTEO. ¡Oh! Mi vecino  
sabe muy bien la manera,  
el modo y forma de hacer  
á una dama cumplimientos;  
es decir...

MARCELA. (Se levanta y don Agapito también.)

En sus acentos

es muy fácil conocer  
su educación esmerada.

TIMOTEO. ¡Oh! Es un joven, un mancebo,  
que puede decir, me atrevo  
á afirmar... y nunca errada  
me salió una profecía,  
me atrevo á pronosticar  
que le harán mucho lugar  
las damas.

MARCELA. Su bizzarria,  
su trato afable y cortés,  
su gusto para cantar,  
su destreza en el bordar,  
y la gracia de sus piés  
cuando baila un rigodon,  
son prendas que sin empeño  
bastan para hacerle dueño  
del más yerto corazón.

AGAPITO. ¡Oh, señora! ¡Qué rubor!  
Me confunde usted. Ya veo...

MARCELA. Como lo digo lo creo.

AGAPITO. (Ciega está por mí de amor.)

MARCELA. Su contestura es endeble,  
pero...

AGAPITO. Sí, soy delicado.

MARCELA. Ya se ve; niño mimado...

JULIANA. (¡Que no conozca este mueble  
que se están mofando de él!)

MARCELA. Mas la gordura, el color...  
son de mal tono. ¡Qué horror!  
No es de elegante doncel  
presumir de pantorrillas  
como un ganapan, un bruto.  
¡Qué bello es un rostro enjuto  
abismado en las patillas!  
Ni sobre cuello macizo  
arman bien los corbatines;

ni se pintan figurines  
 para un mancebo rollizo.  
 Rostro sano y carrilludo  
 propio es de gente ordinaria.  
 ¡Qué feo al cantar un *aria*  
 ó lanzando un estornudo!  
 ¡Qué mal sobre alfombra turca  
 quien tiene recios jamones;  
 qué mal mueve los talones  
 para bailar la *mazurca!*  
 ¡Qué vale la corpulencia?  
 El hombre alto, moceton,  
 parece sáuce lloron  
 cuando hace una reverencia.  
 ¡Aunque escritores morales  
 viendo á un hombre encanijado  
 clamen: fatal resultado  
 de las costumbres actuales!  
 Puesto que el hombre no es bueno,  
 le prefiero chiquitín;  
 que en pequeño vaso, al fin,  
 no cabe mucho veneno.

De gigantesca figura  
 huye amor como del bú.

Vamos, valen un Perú  
 los hombres en miniatura.

AGAPITO.

¡Ah, que es celestial consuelo  
 el gustar á tal belleza!

Tome usted: tanta fineza  
 bien merece un caramelo.

Ah, tambien una pastilla  
 menos dulce que esa boca.

JULIANA.

(¡Tonto! A risa me provoca.)

AGAPITO.

Tiene esencia de vainilla.

(A don Timoteo y á Juliana.)

Vaya unos caramelitos.

TIMOTEO.

Gracias.

AGAPITO.

Son pura ambrosía.

TIMOTEO.

¡Y de qué confitería?

AGAPITO. Calle de Majaderitos.

MARCELA. Como usted... es parroquiano,  
le servirán...

AGAPITO. De rodillas.  
Ahí tiene usted; esas pastillas  
son las que gasta el *soprano*

TIMOTEO. ¡Eh! Yo os dejo ventilar,  
discutir tan grave asunto.  
Por mi parte, he dado punto  
y me subo al palomar.

Allí me hechizo, me encanto,  
y se me pasan las horas  
muertas. ¡Son tan criadoras!

Quiero decir, ¡ponen tanto!

Yo no paro, no sosiego  
hasta pasar mi revista.

Con que abur, hasta la vista;  
hasta despues; hasta luego.

ESCENA II.

MARCELA, DON AGAPITO y JULIANA.

AGAPITO. ¿Vuelve usted á su petaca?

MARCELA. No. La cabeza me duele.

AGAPITO. Jaqueca. Quitarse suele  
con parches de tacamaca.

¿Se los quiere usted poner?

Bueno será. En dos instantes

iré á casa de Collantes...

MARCELA. ¡Para qué? No es menester.

En tomando el aire un poco...

Bajaremos al jardin.

AGAPITO. (Ya triunfó de Don Martin.)

Mia es Marcela. ¡Estoy loco!

El brazo. (Se le da Marcela.)

JULIANA. (Ya está tan hueco.)

AGAPITO. La sombrilla. ¡Bravo, bravo!

(La toma de Juliana.)

*¿Allons? (Mi ventura alabo.)*  
 MARCELA. (Me divierte este muñeco.)

### ESCENA III.

JULIANA.

JULIANA. Sola estoy, y esta pereza...  
 Vamos, el viento del Sur  
 me desalienta. Tenia  
 que arreglar el *canezú*  
 de la señorita; pero  
 para trabajar en tul  
 no estoy ahora. ¿Y qué haré?  
 ¿Murmurar? El avestruz  
 de Juanillo no está en casa;  
 Bonifacio es un gandul;  
 la cocinera... ¡Ah! Gertrudis,  
 que ayer vino de Gallur,  
 y ahí en la casa de al lado  
 sirve á don Pedro Eguiluz...  
 Sí, sí. ¡Qué buena muchacha!  
 Y yo no la he dicho aun...

(Asomada á una ventana.)

¡Paisana! ¡Gertrudis! ¡Hola!  
 Ya viene. Tal cual. ¿Y tú?—

(Se supone que la hablan desde otra ventana.)

Me alegre. ¿Sí? Ganas poco;  
 yo cuatro duros y algun  
 regalillo, porque mi ama,  
 Dios la dé mucha salud,  
 es generosa y me quiere;  
 así tengo yo un baul  
 que da gozo. Te aseguro  
 que mi eterna gratitud...  
 Su tío don Timoteo  
 es un pedazo de atun.  
 Cominero, impertinente...  
 ¡Qué lástima de ataud!

Tan plomo para explicarse,  
 que cuando dice *segun*,  
 si detrás no va el *conforme*  
 no está contento. ¡Jesus!  
 y luego me da una guerra  
 con su palomar, con su...  
 Vamos; bien dijo quien dijo  
 que el servir es mucha cruz.  
 Mi ama, como viuda y rica,  
 goza de su juventud;  
 ¡oh! pero con juicio, aunque esto  
 no es hoy día muy comun.  
 No le faltan aspirantes;  
 pero ella, sea virtud,  
 sea orgullo, ó lo que fuere,  
 no se ha decidido aun  
 por ninguno. Hay un poeta  
 que la mira de trasluz,  
 suspira, gime, se arroba,  
 y no pronuncia una Q.  
 Verso de su medalla  
 es un compadre andaluz,  
 capitan de artillería,  
 que lo mismo es entrar, ¡prum!  
 estalló la bomba. Aquella  
 no es boca, no, que es obús.  
 El tercero... ¡y cuál me aburre  
 su terca solicitud!  
 Es un fátuo, un botarate,  
*post-data* de hombre; el *non plus*  
 del lechuguinismo; enclenque,  
 periquito entre ellas... ¡Puf!  
 ¡Que peste! Siempre moneando,  
 siempre cantando el *Mú píú*,  
 siempre hablando de piruetas,  
 y del solo, y de la *pul*...  
 Hombre que iría al Japon  
 por bailar un patedú;  
 y siempre con golosinas...

¡así esta él que no echa luz!  
 Y dale con si el peinado  
 ha de llevar marabús,  
 y si es color más de moda  
 el de hortensia que el azul:  
 si el corsé... Mas viene gente.  
 Ya nos veremos. Abur.

#### ESCENA IV.

JULIANA y DON AMADEO

AMADEO. Julianita, Dios te guarde.  
 JULIANA. ¡Oh, señor don Amadeo!  
 AMADEO. ¡Y tu ama?  
 JULIANA. Salió á paseo.  
 AMADEO. ¡Que siempre venga yo tarde!  
 JULIANA. Ahí está don Timoteo.  
 AMADEO. Mi corazon sólo anhela  
 ver á la hermosa Marcela;  
 y no viéndola mi amor,  
 ese prosaico señor  
 me cansa, no me consuela.  
 JULIANA. Puede que lejos no esté...  
 AMADEO. ¿Quién?  
 JULIANA. Mi ama.  
 AMADEO. Dímelo. Iré...  
 JULIANA. En cuatro saltos...  
 AMADEO. Al fin,  
 ¿no me dirás dónde fué?  
 Habla.  
 JULIANA. Ha bajado al jardin.  
 AMADEO. ¿Al jardin? Tú, segun creo,  
 te burlas de un afligido.  
 No dijiste...  
 JULIANA. Que á paseo  
 salió. ¡Y en esto he mentido  
 al señor don Amadeo?  
 AMADEO. No, mas tu chanza enfadosa

el tiempo me hace perder.  
 ¡Oh, Marcela! ¡Oh, prenda hermosa!  
 Vuelo al jardín. ¡Oh, placer!  
 ¡Hay suerte más venturosa?  
 Allí entre el verde arrayan  
 la diré mi tierno afán,  
 y que enamorado, muerto...  
 ¡Está sola?

JULIANA. No por cierto,  
 que la acompaña un galán.

AMADEO. ¡Ah!

JULIANA. (Se quedó tamañito.)

AMADEO. ¡Ingrata y fatal mujer!

JULIANA. ¡Oh! No es tan grave delito.

AMADEO. ¡Y quién pudo merecer...

JULIANA. El señor don Agapito.

AMADEO. ¡Don Agapito? Ese mono...

No le temo; le desprecio;  
 mas al pesar me abandono  
 al ver que me estorba un necio  
 dicha que tanto ambiciono.

JULIANA. Grande es sin duda el amor  
 que le inspira á usted mi ama.

AMADEO. Sí; mas ni un solo favor  
 paga mi amorosa llama,  
 y moriré de dolor.

¡Quién al mirarla tan bella,  
 quién no se abrasa de amores,  
 quién no delira por ella?

Envidia tengo á las flores  
 que están besando su huella.

Envidia al aire sutil

que en torno juega, lascivo,

de su cabello gentil,

y al ruiseñor que festivo  
 la canta diosa de Abril;

y á la fuente cristalina  
 que murmurando la llama,

y en la enramada vecina

envidia tengo á la grama  
 si en ella ¡ay Dios! se reclina.  
 Envidio al rojo clavel  
 que la ofrece su carmin;  
 envidio á todo el vergel...  
 y á don Agapito, en fin,  
 porque la acompaña en él.  
 ¡Qué relacion tan discreta,  
 y cómo huele á azahar,  
 á tomillo y á violeta!  
 Para eso de enamorar  
 no hay hombre como un poeta.  
 Bien haya su boca, amén,  
 que con elocuencia tal  
 pinta el favor y el desden.  
 Ellos suelen sentir mal,  
 ¡pero lo dicen tan bien!  
 ¡Ah!

JULIANA.

AMADEO.

JULIANA.

Mas mi señora bella,  
 ¿por qué cuando está presente  
 esos labios siempre sella?  
 ¡Conmigo tan elocuente,  
 y tan cartujo con ella!  
 Declare usted su pasion,  
 porque mentales amores  
 ya de este siglo no son.

AMADEO.

JULIANA.

Yo temo que sus rigores...  
 ¡Eh! No es tan fiero el leon.  
 Es preciso sér más franco.  
 Ser cobarde con las damas  
 es querer quedarse en blanco.  
 No se ande usted por las ramas.  
 Herrar ó quitar el banco.

AMADEO.

JULIANA.

A un desaire, lo confieso,  
 prefiero una enfermedad,  
 y aunque la amo con exceso...

AMADEO.

¡Hola! Vence segun eso  
 al amor la vanidad.  
 Si Julianita quisiera...

pues tan tímido nací,  
y es de mi bien camarera...

JULIANA. ¡Qué?

AMADEO. Sé tú mi medianera.

JULIANA. ¡Yo!

AMADEO. Declárate por mí.

AMADEO. Yo te ruego...

JULIANA. ¡Bueno es esto!

Pues qué, ¿no tiene usted lengua?

O por ventura mi gesto...

AMADEO. ¡Oh! No lo tengas á mengua,

que mi amor es puro, honesto.

¡Ah! Si venzo sus desvíos...

JULIANA. En mi vida me he mezclado

en ajenos amoríos,

porque el tiempo me ha faltado

para ocuparme en los míos.

Pero en fin, por compasión,

aunque repruebo el oficio,

ofrezco mi intercesion.

AMADEO. ¡Oh dicha! A tal beneficio

no hay humano galardón.

Si fueses tú camarera

de las que andan por ahí,

dinero y joyas te diera;

mas veo prendas en tí

superiores á tu esfera.

Tu talento es sin igual,

y mi pluma no profano...

Sí, voy á escribirte ufano

el más lindo madrigal

que se ha escrito en castellano.

JULIANA. ¡Pues! Dádiva de poeta.

¡Y con esa fruslería

me paga usted la estafeta?

AMADEO. ¡Oh! La dulce poesía...

JULIANA. Buen dinero es la gaceta.

Aunque tenga yo talento

y guste de madrigales,

perdone usted si no miento,  
 daría por veinte reales,  
 no un madrigal, sino ciento.  
 Yo agradeciera, no obstante,  
 tal honor, fineza tal,  
 ¡oh caballero galante!  
 si envuelto en el madrigal  
 me diera usted un diamante.  
 ¡Oh Pimpleas! No escuchéis  
 tan horrorosa blasfemia.  
 Huid ¡oh musas! ¡qué haceis!  
 y hasta Rusia no pareis,  
 aunque os coja la epidemia.  
 ¡Que tú discreta te llames,  
 tú que en el alma cobijas  
 pensamientos tan infames!  
 Pues yo...

AMADEO.

JULIANA.

AMADEO.

Calla no me aflijas.

*¡Oh auri, auri sacra fames!*

*(Da una moneda á Juliana.)*

Toma, pues dinero quieres,  
 y pertenesces, mezquina,  
 al vulgo de las mujeres.  
 Mayor será la propina  
 si con celo me sirvieres;  
 ya que por raro portento,  
 cuando las musas están  
 en tan triste abatimiento,  
 no me pudro en un desvan  
 descamisado y hambriento.  
 Toma; que la dulce lira  
 sólo consagro á la hermosa  
 por quien el alma suspira,  
 no á fámula codiciosa  
 que sólo tédio me inspira.—  
 ¡Ah! Perdona. Loco estoy.  
 No te enojés.

JULIANA.

Bagatela.

Tan quisquillosa no soy.

- AMADEO. Hazme dueño de Marcela  
y cuanto quieras te doy.
- JULIANA. ¡No baja usted al jardín!
- AMADEO. No, que me siento con vena,  
y quiero á mi serafin  
hacer una cantilena.  
Abreme su camarín.
- JULIANA. Vaya usted, que abierto está.
- AMADEO. (Distraído.) Voy, voy. La primera estrofa...  
(Se retira gestuculando como quien compone versos.)
- JULIANA. La cabeza perderá,  
y luego si una se mofa...

ESCENA V.

JULIANA y DON MARTIN.

- MARTIN. ¡Oh, Juliana! ¡Cómo va?
- JULIANA. (Otro loco rematado.)  
Muy bien, señor don Martin.
- MARTIN. Mucho de verte me agrado.  
Desde Cádiz a Pequin  
no hay un cuerpo más salado.
- JULIANA. Es favor que...
- MARTIN. No, mujer.  
Y ese color... ¡cosa rara!  
Y el cutis... No hay más que ver.  
Hoy has estrenado cara.
- JULIANA. ¡Yo!
- MARTIN. No es esa la de ayer.  
A fe mía, Julianita,  
si no me hubieran flechado  
los ojos de la viudita...  
¡Ah! Pero aun no he preguntado  
por tu bella señorita.  
¡Salió ya del tocador?—  
¡Que un hombre de mi calibre  
esté perdido de amor!—  
Y ella independiente, libre,

fresca, tranquila.. ¡Qué horror!—

¡Qué hace el viejo estafalario?

¡Recompone el nacimiento,  
ó le echa alpiste al canario?—

Hoy pasó mi regimiento  
revista de comisario.

La vida de un militar  
es vida perra, Juliana.

Suena el clarín. ¡A montar!  
y por tarde y por mañana...

Es cosa de reventar.

Conque anda; sé diligente.

¡Puedo entrar? Pasa recado.—

El vecino encanijado

ahí estará. ¡Vaya un ente!

Yá me tiene estomagado.—

¡No respondes? Tú estás lela.

¡Si usted no me deja hablar!  
Vamos, ¿dónde está Marcela?

Ha bajado á pasear.

¡Al Prado? ¡En la carretela?

No. Al jardín.

¡Con el pelmazo

de su tío?

No señor.

Bajó...

Terrible embarazo

es un viejo... ¡Ah! ven, primor:

te quiero dar un abrazo.

¡Eh! ¿Qué hace usted?

No hay escape.

Vamos, si al fin ha de ser,

¿de qué sirve?... ¡Ay, mona!...

(Va á abrazarla, y Juliana, encogiendo el cuerpo, se le  
huye y le deja con los brazos abiertos.)

¡Zape!

JULIANA.

MARTIN.

JULIANA.

MARTIN.

JULIANA.

MARTIN.

JULIANA.

MARTIN.

JULIANA.

MARTIN.

JULIANA.

ESCENA VI.

DON MARTIN.

MARTIN. Se escapó. ¿Cómo ha de ser?  
 Pero como yo la atrape...  
 Ea, vamos al jardín...  
 Mas ¿quién sube? ¡Hola! Es la viuda,  
 y el enfadoso arlequin  
 la acompaña; sí, no hay duda.  
 ¡Formidable paladin!

ESCENA VII.

MARCELA, DON MARTIN y DON AGAPITO.

MARCELA. ¿Usted por aquí, mi amigo?  
 Muy buenos días.

MARTIN. Estoy  
 á los piés de usted, señora.

AGAPITO. Saludo á usted...

MARTIN. Servidor.

(Se sienta Marcela, y en seguida don Martin á la derecha  
 y don Agapito á la izquierda.)

MARCELA. Hoy hace un dia admirable.

AGAPITO. Casi, casi pica el sol.

MARTIN. Se equívoca usted: no pica.

AGAPITO. A mí sí.

MARTIN. Pues á mí no.

AGAPITO. Eso va en naturalezas.

(Don Martin habla al oido con Marcela.)

Yo tengo una complexion...

Vaya una pastilla... (Se la presenta.)

MARCELA. (Aparte con don Martin.) Usted  
 se burla. Sé que no soy  
 ningun móstruo...

AGAPITO. Una pastilla...

MARCELA. Pero el cielo no me dió

- las gracias que usted pondera.  
**MARTIN.** Pues no es exageracion.  
 Esos ojos, esa boca  
 son obra del mismo amor.  
 Modestia sin sosería,  
 gracia sin afectacion...  
 Y luego habrá quien alabe  
 las bellezas de Moscou,  
 de París, de Filadelfia,  
 de Edimburgo, del Japon...  
 ¡Eh! No hay nada comparable  
 con el gracejo español,  
 con ese garbo, ese brío...  
 En la boca de un cañon  
 me vea yo si... ¿Qué es eso?  
 (Tropieza con su brazo en el de don Agapito, que seguia  
 ofreciéndole su pastilla.)  
**AGAPITO.** Una pastilla...  
**MARTIN.** ¡Eh! No soy  
 amigo de golosinas.  
**AGAPITO.** Suavizan mucho el pulmon.  
**MARTIN.** (Gritando.) Si yo lo tengo de hierro,  
 ¿qué diablos?... ¡Pues como soy  
 que me gusta la fineza!  
**AGAPITO.** ¿Las quiere usted de licor?  
 (Don Martín sigue hablando aparte con Marcela.)  
 Aquí he de tener algunas  
 de marrasquino, de ron...  
**MARCELA.** ¡Dejaría usted de ser  
 andaluz! En fin, le doy  
 mil gracias por la lisonja.  
**MARTIN.** Lo digo de corazon.  
 Si no lo sintiera así,  
 no dnde usted que...  
**MARCELA.** Mejor.  
 Así lo agradezco más.  
 Tengo una satisfaccion  
 en gustar á mis amigos.  
 Sabe usted cuán franca soy.

No me quiero parecer,  
 aquí para entre los dos,  
 á esas que arañan á un hombre  
 si las dicen una flor;  
 ó bien frunciendo el hocico,  
 con amerengada voz,  
 clavando en tierra los ojos,  
 suelen responder: «Favor  
 que usted me hace.—¡Sí? ¡De veras?—  
 Para que lo crea yo.—  
 ¡Eh! No diga usted esas cosas,  
 que me cubro de rubor.—  
 ¡Oh, qué malos son los hombres!—  
 Vaya, calle usted por Dios...»  
 Y nunca saben salir  
 de este mismo diapason.

MARTIN. Nunca he gustado de tontas.  
 AGAPITO. Algunas conozco yo  
 que, á fe mia...

MARCELA. El hombre fino,  
 de mundo, de educacion,  
 es galante con las damas,  
 y, siempre que su pudor  
 no ofenda, si las requiebra  
 cumple con su obligacion.  
 Porque eso de si el *poplin*  
 es más de moda que el *gró*;  
 si recibió más aplausos  
 el contralto que el tenor:  
 «¡Se divierte usted? ¡Estuvo  
 muy concurrido el salon?...»  
 son estériles recursos,  
 por más que entre col y col  
 se suela mezclar un poco  
 de amable murmuracion.

AGAPITO. Ciertamente...

MARCELA. Ni á una dama  
 se la ha de hablar del Mogol,  
 de la guerra de los rusos,

de si vino el paquebot  
de la Habana, de...

MARTÍN. A las bellas  
se les debe hablar de amor.

AGAPITO. Y cuando más, de algun baile,  
de alguna...

MARTÍN. (A Marcela.) Prendado estoy  
de ese carácter amable.

AGAPITO. Marcelita... (Se acabó:  
no me deja meter baza. (Se levanta.)  
¿Hay hombre más hablador?)

### ESCENA VIII.

MARCELA, DON MARTIN, DON AMADEO y DON AGAPITO.

AMADEO. ¡Eh! Ya acabé mi letrilla.  
Jamás Apolo... Señora...

MARCELA. Beso á usted la mano.

MARTÍN. ¡Oh, primo!—  
Pues señor, vuelvo á mi historia.

(Habla al oído con Marcela.)

AMADEO. ¡Ingrata! ¡Apenas me mira;  
me saluda desdeñosa,  
y habla con otro en secreto!  
Yo no sé cómo soporta  
tantos ultrajes mi amor!

(Se pasea. Don Agapito, aburrido, se pone á trabajar en  
su cordon.)

MARCELA. ¡Que siempre ha de estar de broma  
este don Martín!

AGAPITO. (A don Amadeo.) Amigo,  
poco favorable sopla  
el viento para nosotros.  
Don Martín es quien la logra.  
Mire usted qué amartelado,  
qué ufano está... No me importa.  
Yo sé bien que si Marcela  
de algun galan se enamora,

será de mí, porque al cabo  
y al fin, aunque no me toca  
alabarme... ¡Ah, qué ocurrencia!  
¿Por qué no hace usted unas coplas  
satíricas contra ese hombre  
que tanto nos encocora?

AMADEO. No estoy para coplas.

AGAPITO. Pero...

AMADEO. Ni jamás contra personas  
determinadas...

AGAPITO. No le hace.

La venganza es muy sabrosa.  
Pero ya se ve, no siempre  
las deidades de Helicona...  
¿Y que tiene usted entre manos  
ahora?

AMADEO. Nada. (¡Qué mosca  
es el hombre!)

AGAPITO. ¿Algun soneto

á los desdenes de Flora?

¿Algun agudo epigrama?

¿O bien algunas estrofas?

AMADEO. ¡Hombre!...

AGAPITO. ¿O quizá algun poema  
al céfiro y á la aurora?

AMADEO. No pienso...

AGAPITO. ¿Alguna elegía?

¿Alguna oda? ¡Oh! las odas...

AMADEO. No señor. Voy á escribir,  
no con tinta, con ponzoña,  
una sátira sangrienta  
contra hombrecillos de alcorza,  
que sólo tienen talento  
para bailar la gabota;  
que por un yerro de imprenta  
son hombres y no son monas;  
que huelen á majaderos  
al través de tanto aroma;  
que si España fuera Egipto,

pudieran pasar por momias;  
 que con su voz de falsete  
 los oídos me destrozan;  
 que con su extraña figura  
 siempre á risa me provocan;  
 que con sus gestos me pudren,  
 me empalagan con sus modas...  
 y en fin, con necias preguntas,  
 me fastidian, me sofocan.  
 Ya; pero eso ha de entenderse  
 con quien...

AGAPITO.

MARCELA.

Doblemos la hoja,  
 don Martin, y guarde usted  
 para quien no le conozca  
 esas frases de cartilla.

MARTIN.

¡Y por qué ha ha de ser lisonja,  
 y no...

MARCELA.

¡Por Dios, don Martin!  
 Mire usted que no soy tonta.

MARTIN.

(Otra será su respuesta  
 cuando me declare en forma.)

MARCELA.

Amigo don Amadeo,  
 ¿teme usted que se le coman?  
 ¡Cómo así, tan retirado?

AMADEO.

Quien de prudente blasona,  
 señorita, se retira  
 si conoce que incomoda.

MARCELA.

¡A mí incomodarme usted!  
 Con decirlo me sonroja.  
 Don Martin me estaba hablando;  
 y como siempre es chistosa  
 su conversación...

MARTIN.

(Yo venzo.)

MARCELA.

Me hacen gracia hasta las bolas  
 que suele ensartar.

MARTIN.

¡Marcela!

MARCELA.

Yo le oigo como una boba.  
 Ni era cosa de dejarle  
 con la palabra en la boca.

AGAPITO. ¡Sí; fácil es!

MARCELA. Yo no gusto  
de insípidas ceremonias,  
y trato con confianza  
á mis amigos. Ahora  
soy de usted.

AMADEO. (¡Oh dulces ojos!  
¡Oh voz que el alma me robal!)  
Marcelita...

MARCELA. ¡Piensa usted  
publicar alguna obra  
de su ingenio?

MARTIN. Mal hará,  
si no es alguna espantosa  
novela donde haya espectros,  
y violencias y mazmorras,  
y almas en pena, y suicidios...  
y en fin, eso que está en boga.  
Sobre todo, gran cartel,  
con cada letra tan gorda,  
y te haces hombre. Si aspiras  
á merecer la corona  
de escritor clásico, puro;  
si cuidas más de la gloria  
que del dinero, ¡ay de tí!

AMADEO. No me desvela el afán  
de verme impreso. Es tan poca  
la confianza que tengo  
en mis versos...

MARCELA. Es muy propia  
del verdadero saber  
la modestia.

AMADEO. Usted me honra.  
(¡Oh bella!)

MARCELA. Mas yo, que soy  
su amiga y admiradora,  
y por usted me intereso  
tanto...

AMADEO.

(¡Bien haya tu boca!)

MARCELA. Siento que versos tan lindos,  
y que justamente elogian  
sujetos de ciencia y gusto,  
el público desconozca,  
cuando hace gemir las prensas  
tanta fementida copla.

AMADEO.

(¡Ah!...) La aprobacion de usted  
es mi más satisfactoria  
recompensa.

(Estoy volado.)

AGAPITO.

MARTIN.

¿De qué valen las cien trompas  
de la fama? Quien merece  
la aprobacion de una hermosa...  
Cuando voy yo á la cabeza  
de mi veterana tropa,  
y agitando el abanico  
con sonrisa encantadora,  
alguna humana deidad  
me saluda... vaya; es cosa  
de perder el juicio.—Estando  
mi escuadron en Tarragona...  
A propósito; hoy me ha escrito  
el ayudante Mendoza.

(Se levanta Marcela y todos, menos don Agapito.)

¡Qué buen muchacho! Se casa  
por poderes en Daroca  
con una... Don Agapito,  
deje usted esa maniobra.  
Qué diablo...

AGAPITO.

¡Sí; ya la dejo,  
que no estoy de humor. Las borlas  
para mañana. (Se levanta.)

ESCENA IX.

MARCELA, DON AMADEO, DON MARTIN, DON AGAPITO  
y DON TIMOTEO.

TIMOTEO. ¡Oh, señores!

Tanta dicha, tanta honra...

MARTIN. ¡Oh, amigo mio!

TIMOTEO. Yo estaba  
arriba con las palomas...

AMADEO. ¡Las tres!

(Va á tomar el sombrero, y lo mismo don Agapito y don  
Martin.)

TIMOTEO. ¿Dónde van ustedes?  
Alto ahí, que quiero que coman  
con nosotros.

AMADEO. Por mi parte...

TIMOTEO. ¡Cómo! Ninguno se oponga,  
se resista á mi convite,  
á mi obsequio. Juan, la sopa. (A la puerta.)

MARTIN. Pero...

TIMOTEO. No hay pero que valga.  
No somos gente tan sóbria,  
tan frugal, que nuestra mesa  
se asuste por tres personas,  
por tres convidados más  
ó menos.

MARCELA. Soy muy gustosa  
en que ustedes me acompañen.

MARTIN. Acepto, pues.

TIMOTEO. Buena olla,  
quiero decir, buen cocido  
no ha de faltar; y unas ostras,  
que no se comen mejores  
en la fonda de Perona.

AMADEO. Con mucho placer...

AGAPITO. No es justo  
despreciar...

TIMOTEO.

Sin ceremonia;  
sin cumplimiento. No gusto  
de etiquetas enfadosas.—

Ea; al comedor conmigo.—  
¡Qué haces tú que no te apoyas  
en un brazo?...

(Los tres se lo ofrecen, y Marcela toma el de don Agapito, que está más cerca.)

¡Bravo! Adentro.

(Se lleva como á remolque á don Martin y á don Amadeo.)

MARTIN.

Maldito goloso...

## ESCENA X.

DON AGAPITO y MARCELA.

AGAPITO.

(¡Hola!

me prefiere.) Marcelita,  
si usted á mal no lo toma,  
después de comer, quisiera...

MARCELA.

¡Qué?

AGAPITO.

Hablar con usted á solas.

MARCELA.

Muy bien. (¡Qué querrá decirme?)

AGAPITO.

(¡Qué de finezas me otorga!

Si digo yo que mi amor  
navega con viento en popa.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

MARCELA y JULIANA.

JULIANA. Pronto deja usted la mesa.

MARCELA. Ya han levantado el mantel:  
no tienen por qué quejarse.  
Les he servido el café,  
y huyendo de los cigarros,  
que maldiga Dios, amén,  
aquí me vengo Juliana.

JULIANA. Pero eso es mucha esquivéz,  
señorita. ¿Qué dirán  
viendo que se aleja usted  
tan pronto?

MARCELA. ¿Qué han de decir?  
Que preciándome de ser  
amiga suya, los trato  
con franqueza.

JULIANA. Eso está bien.

El señor don Timoteo,  
que habla él solo más que diez,  
en punto á conversacion  
sabrá suplir, bien lo sé,  
la falta de su sobrina;  
pero, á mi corto entender,  
motivos más halagüenos  
harán sensible y cruel  
esa retirada.

- MARCELA. ¡Cómo!
- JULIANA. Yo no te entiendo... ¡Pues qué!
- MARCELA. ¡Mi señorita no sabe que el invencible poder de sus ojos hechiceros cautivos tiene á los tres?
- JULIANA. ¡Qué estás diciendo?
- MARCELA. En verdad, señora, no es menester ser profeta para eso. El amor luego se ve, y en materias semejantes es un lince la mujer.
- JULIANA. Pues yo, que tal no he notado no lince, topo seré.
- MARCELA. ¿Disimula usted conmigo?
- JULIANA. Eso, señora, es hacer agravio á mi discrecion. ¿O desea usted tal vez que la regale el oído?
- MARCELA. No por cierto. ¡Pero, quién te ha contado esas patrañas? En nuestro trato, ¿qué ves sino una amistad sencilla?...
- JULIANA. Me gusta la sencillez. Digo á usted que están prendados de esos hechizos. Lo sé de buena tinta.
- MARCELA. Confieso que muy galantes los tres me suelen decir lisonjas, que ni puedo reprender, porque al fin las alabanzas nunca se oyen con desden, ni les doy otro valor que el debido al oropel de cortesanas finezas. Uno entre ellos suele ser

JULIANA. más pródigo de requiebros.  
Don Martin, sin duda.

MARCELA. Pues;

pero yo le oigo, Juliana,  
como quien oye llover,  
porque es aquella cabeza  
otra torre de Babel;  
y tan pronto me enamora  
diciendo que al rosicler  
de la aurora dan envidia  
mis ojos, y que el clavel  
no es más rojo que mis labios,  
y cosas de este jaez,  
como me habla de un tordillo  
que le envían de Jaen,  
y del pienso, la parada,  
la patrulla y el cuartel.

JULIANA. Pues crea usted...

MARCELA. Ahora dime:

¿no sería una sandez  
el juzgarme yo querida,  
solicitada por él?  
Don Agapito me asedia,  
y suele decir también  
sus piropos; pero un hombre  
que gasta todo su haber  
en perfumes y en pastillas,  
víctima de su corsé,  
bailarin afeminado,  
¿cómo es capaz de querer?  
Resta el poeta, y tú sabes  
que es la suma timidez  
para con las damas. Puede  
que por mí perdido esté  
de amor; y aun suele mirarme  
con melosa languidez;  
pero mientras no se explique  
mal le puedo comprender.  
En fin, tiempo há que me tratan

todos ellos. La viudez  
me da cierta independenciam;   
mas, aunque á solas me ven,  
de ninguno he recibido  
hasta ahora ni papel,  
ni declaracion verbal  
por donde pueda creer  
que me aman. Los tres me estiman,  
y no fuera yo cortés  
si tan finas atenciones  
me negase á agradecer.

JULIANA. Sin embargo, muchas veces,  
mientras una no da pié,  
callan los hombres, y... Vamos,  
ya sabe usted que soy fiel.  
Ese cuerpo ha dado á todos  
flechazo, sí; yo doy fe.—  
¿Cuál de los tres ha logrado  
inspirar más interés...

MARCELA. Vete, que don Agapito  
quiere hablarme á solas.

JULIANA. ¿Eh?

¿Qué tal?

Y aquí viene.

MARCELA.

JULIANA.

Pronto

le verá usted á sus piés,  
tierno, rendido...

MARCELA.

¡Bobada!

Algún nuevo *balancé*

querrá enseñarme, ó quizá...

JULIANA.

Ello presto se ha de ver.

Yo me voy. (Ya por el pronto  
cayó en el anzuelo un pez.)

## ESCENA II.

MARCELA y DON AGAPITO.

AGAPITO. Ahora, bella Marcelita,  
que no está aquí el artillero,  
y sobre mesa el coplero

no sé si duerme ó medita,  
 pues sola oirme ha querido  
 colmándome de bondades,  
 voy á usar de mi licencia.  
 Prepare usted el oído...

MARCELA. (Para escuchar necedades.  
 ¡Paciencia!)

AGAPITO. No es por vanidad; nací,  
 señora, con tal estrella,  
 que apenas hay una bella  
 que no delire por mí.  
 Yo las dejo suspirar,  
 y prendido en otra red,  
 las miro con menosprecio;  
 que á todas no puedo amar,  
 y mi alma...

MARCELA. Prosiga usted.

(¡Qué necio!)

AGAPITO. Ya prosigo. El alma mia  
 sola usted ha cautivado,  
 y á la de usted se ha ligado  
 por secreta simpatía.  
 No es dura roca Marcela,  
 no es insensible diamante  
 al tierno amor que me inspira.  
 Sé que por mí se desvela;  
 me lo prueba á cada instante...

MARCELA. (Mentira.)

Permita usted...

AGAPITO. Seré breve.

Pero sus ojos fatales  
 alientan á mis rivales,  
 y esta conducta es aleve.  
 Fijo yo en su corazon,  
 poco me debe afligir  
 algun amor transeunte.

MARCELA. Pero, ¡qué demostracion...

AGAPITO. Déjeme usted concluir.

MARCELA. (¡Qué apuntel!)

AGAPITO. Si á solas está conmigo,  
 su sonrisa encantadora  
 me prueba... pues, como ahora,  
 (Se sonrie Marcela.)  
 que soy su más dulce amigo;  
 mas si viene el atronado  
 de don Martin... ¡fuego en él!  
 ó el mústio don Amadeo,  
 hago yo siempre á su lado  
 un ridículo papel.

MARCELA. (Lo creo.)

AGAPITO. Pretendo, pues, y ya es hora,  
 que ese labio lisonjero  
 ponga fin con un *te quiero*  
 al ánsia que me devora.

(Viene don Amadeo, Marcela le sale al encuentro, y hablan aparte.)

Entonces, si gloria tanta  
 que mi ventura completa  
 me disputa un temerario...  
 ¡Calla! ¡Esta es buena! Me planta  
 para hablar con el poeta.  
 ¡Canario!

### ESCENA III.

MARCELA, DON AGAPITO y DON AMADEO.

MARCELA. (Aparte con don Amadeo.)  
 No, no me lo niegue usted:  
 ocioso es que disimule.  
 ¡Si Juliana me lo ha dicho!

AGAPITO. (Merece quien esto sufre...  
 Pero no; estará picada,  
 y darme celos presume.)

AMADEO. Estaba solo. Sentia  
 inspiraciones del númen,  
 y una letrilla amorosa  
 por pasatiempo compuse;  
 pero está tan incorrecta...

- AGAPITO. (Si me ve con pesadumbre, logra su objeto.)
- MARCELA. ¡Qué importa!  
No es razon que se sepulte en el olvido. Veamos.
- AMADEO. Bien: con tal que no la escuche don Agapito...
- MARCELA. ¿Y por qué?
- AMADEO. No temo á una mala nube tanto como á un necio.
- AGAPITO. ¡Oh! Sí;  
aunque se finge voluble, ella me ama. Lleva á mal que sin motivo la acuse... Bien puedo yo ser su amante sin exigir que renuncie á tener amigos.)
- MARCELA. Bien:  
pues yo haré que desocupe el puesto.—Don Agapito... (Se acerca á él.)
- AGAPITO. (¡Miren qué pronto sucumbel!)
- MARCELA. Quisiera... Perdone usted.
- AGAPITO. (¡No digo?)
- MARCELA. Mandar por dulces...
- AGAPITO. ¡Aun he de tener pastillas aquí... mas son tan comunes!  
¿Usted prefiere bombones, no es cierto?
- MARCELA. Lo que usted guste.  
(Yo no los he de probar.)
- AGAPITO. No sé si en casa de Nuñez los habrá. Si no los tiene, yo veré en Los Andaluces...
- MARCELA. No; yo mandaré á Juanillo...
- AGAPITO. ¡Qué! Si ese hombre es tan inútil...
- MARCELA. Es verdad.—Bien; vaya usted: mejor será.
- AGAPITO. Me confunde tanta bondad. Voy volando.—

(Ya no es posible que dude de su amor. Para que hiciera tal distinción de ese fútil poetilla, ó del insigne don Martin.—¡Ah! ¡Cuán me bulle el corazon de alegría! ¡Digo á ustedes que se lucen, señores míos!) Supongo (Á Marcela con misterio, y haciendo el interesante.) que...

MARCELA. Ya... (Riéndose.)

AGAPITO.

Bien, bien; pero urge..

MARCELA. Sí...

AGAPITO. (Muy satisfecho.) Basta, basta.—(Lo más que resiste es hasta el lunes.)

#### ESCENA IV.

DON AMADEO y MARCELA.

MARCELA. (¡Habrá títere más...) Vamos; ya nadie nos interrumpe. Lea usted esa letrilla.

AMADEO. Será fácil que me turbe.— Léala usted, si merezco tanta dicha, y me disculpe la ruego mi libertad.

MARCELA. (Temblando está.)

AMADEO. (Amor me ayude.)

MARCELA. (Lée.) *Letrilla á Laura.*

AMADEO. (No sangre; hielo por mis venas cunde.)

MARCELA. (Lée.)

«Mis ojos, que admiran  
tu talle gentil,  
á los tuyos piden  
cadena feliz,  
y ven en tus labios  
las gracias reir,

contino te dicen  
que muero por tí.

Si veo á tu mano,  
que envidia al marfil,  
del arpa divina  
las cuerdas herir,  
mi dulce embeleso,  
mi gozo sin fin  
te dicen, oh Laura,  
que muero por tí.

Tú ves abrasado  
mi pecho latir  
desde que Amor me hiere  
con dardo sutil.  
Mis hondos gemidos,  
mi llanto infeliz,  
te dicen sin tregua  
que muero por tí.

Erato desdeña  
mi plectro regir,  
si no es que te canto  
gloria de Madrid,  
y en versos que aspiran  
á eterno buril,  
oh Laura, te juro  
que muero por tí.

Cautivo en tus ojos  
me consumo así  
cual roto y perdido  
capullo de Abril.  
Tú me ves, oh Laura,  
penando morir,  
y quizá no sabes  
que muero por tí.

Ya es vano el silencio.

Yo te adoro, sí.  
Por tí me atormentan  
mil penas y mil.  
Si airada la tumba

me quieres abrir...  
no ignores al menos  
que muero por tí.»

¡Oh qué preciosa canción!  
(¿Seré yo esta Laura bella?)

AMADEO. Si hay algún mérito en ella  
es todo del corazón.

MARCELA. No se llame sin ventura  
quien maneja así la lira;  
ni la belleza que inspira  
tanto amor, tanta ternura.

AMADEO. ¡Ah! Si...

MARCELA. Nombre imaginario,

Laura sin duda será,  
que los poetas allá  
tienen otro calendario.  
Y la razón es muy llana:  
¿quién en los versos tolera  
á una Blasa, á una Sotera,  
Gerónima ó Sinforiana?  
¿Y tanta es la perfección  
de esa Laura? ¿Ha sido fiel  
el poético pincel?

¿No ha habido exageración?

AMADEO. (Con entusiasmo.) Es de las gracias modelo;  
la formaron los amores;  
sus ojos encantadores  
robaron la luz al cielo;  
flores nacen donde pisa...

MARCELA. (Remedándole.) Su dulce voz enajena,  
y las almas encadena

con su hechicera sonrisa;  
su boca es fragante rosa  
de Chipre... ó de Jericó.—

¿Piensa usted que no sé yo  
cómo se pinta á una hermosa?

AMADEO. (Se burla. No me declaro.)

MARCELA. (¿Tendrá Juliana razón?)

¿Pero quién en conclusion

- es ese portento raro?
- AMADEO. No seré yo quien le nombre.
- MARCELA. ¿Es delito por ventura el adorarla?
- AMADEO. Es locura.
- MARCELA. ¡Locura! ¿Eso dice un hombre?
- ¿Es de áspera condicion?
- AMADEO. No, que su agrado enamora.
- MARCELA. ¿Es casada?
- AMADEO. No, señora.
- Más honesta es mi pasión.
- MARCELA. (Yo de mi duda saldré.)
- ¿Es amiga mía?
- AMADEO. Sí.
- MARCELA. ¿Vive muy lejos de aquí?
- AMADEO. No.
- MARCELA. ¿Quiere á otro?
- AMADEO. No sé.
- MARCELA. ¿Hoy la habrá usted visto?
- AMADEO. Ya.
- MARCELA. ¿Puso mala cara?
- AMADEO. No.
- MARCELA. ¿Le ha dado á usted celos?
- AMADEO. ¡Oh!
- MARCELA. ¿Le ha hecho á usted preguntas?
- AMADEO. ¡Ah!
- MARCELA. ¿Qué lacónico es usted! —  
Vaya; tome su canción,  
y á la primera ocasion...
- AMADEO. ¡Ah! Ya es inútil.
- MARCELA. ¿Por qué?
- AMADEO. Porque su rigor me hiela.
- MARCELA. Cualquiera de esto se halaga;  
y si tanto amor no paga,  
lo agradecerá...
- AMADEO. ¡Marcela!
- MARCELA. Tome usted sus versos.
- AMADEO. ¡Oh!
- MARCELA. ¡Dale con tanto gemir!

- Acabe usted de decir  
que soy esa Laura yo.
- AMADEO. (Turbado.) ¡Ah! Si... mi... la...  
MARCELA. (Riéndose.) Si... mi... la...  
¡Me enseña usted el solfeo?
- AMADEO. (Perdido soy. Bien lo veo.)  
MARCELA. (Lástima y risa me da.)  
Vaya; hable usted con franqueza,  
monosílabo señor.  
¡Soy yo causa de su amor?
- AMADEO. ¡Oh desventura! ¡Oh flaqueza!
- MARCELA. De nada me maravillo;  
y...  
¡Dura fuerza del hado!
- MARCELA. Vaya, hable usted, ó me enfado.
- AMADEO. ¡Ay Marcela!
- MARCELA. (¡Ay tabardillo!)  
AMADEO. ¡Con que al fin he de romper  
mi silencio?
- MARCELA. Sí; ya es hora.  
AMADEO. Pues la que mi pecho adora...  
MARCELA. Ya no lo quiero saber.  
AMADEO. ¡Ah! (Se deja caer sobre una silla.)

## ESCENA V.

DON AMADEO, MARCELA y DON MARTIN.

- MARTIN. Gracias al cielo doy,  
que al fin ya libre me veo...  
MARCELA. ¡De quién?
- MARTIN. De don Timoteo.  
Bufando de rabia estoy.
- MARCELA. ¡Pues cómo!...
- MARTIN. ¡Malditos sean  
sus sinónimos eternos!  
Hay hombres de los infiernos  
que cuando hablan aporrean.  
No acabara en quince días,

á no hacerle yo acostar,  
y torna á sus profecías;  
y retorna al nacimiento...  
¡Digo! ¡Pues tenia traza  
de dejarme meter baza!  
¡Oh, qué hablador tan sangriento!  
Aquello era por demás.  
¡Hija, qué nubl! ¡Qué nubl!  
Intencion mil veces tuve  
de enviarle á Satanás.  
No lo puedo resistir;  
me desesperan, me endiablan  
esos que hablan, y hablan, y hablan  
sin respirar ni escupir.  
Sirve en mi cuerpo un alférez  
que es hablador furibundo,  
y se llama don Facundo  
Valentin Perez y Perez.  
No hay poder hablar con él.  
¡Sí, sí, facilito es eso!  
en soltando la sin hueso  
á ninguno da cuartel.  
Un dia se puso á hablar  
connigo: yo le quería  
interrumpir. ¡Bobería!  
Sintió que iba á estornudar.  
En tan crítico momento  
¿qué hacer? La boca me tapa,  
el estornudo se escapa,  
y prosigue con su cuento.  
¡Digo! Esto es ser hablador.  
Pues con tanta algarabía,  
por cartujo pasaria  
al lado de ese señor.  
Es mucha, mucha crueldad.  
Válgame Dios, ¡qué carcoma!  
No lo tome usted á broma:  
eso es una enfermedad.  
Vamos; aun me dan sudores.

- ¡Qué suplicio! ¡Qué agonía!  
 ¡Jesus!!! ¡Mala pulmonía  
 en todos los habladores!
- MARCELA. Cuenta con la maldición.
- MARTIN. Pues qué, ¿me puede alcanzar?
- MARCELA. No; á usted no, que es para hablar  
 la suma moderación;  
 mas, ¡oh prodigio admirable!  
 En el próximo aposento,  
 á usted le ha dado tormento  
 un hablador perdurable.  
 Pues véame usted; yo sudo  
 de fatiga y de pesar,  
 porque acabo de lidiar  
 con un sempiterno mudo.
- MARTIN. ¡Mudo! ¿Y quién...
- AMADEO. ¡Abrete, abismo!
- MARTIN. ¡Calla! ¿No es mi primo aquel?—  
 Diga usted, Marcela: ¿es él  
 ese mudo?
- AMADEO. ¡Ay Dios!
- MARCELA. El mismo.—  
 Nunca gusté de llorones.  
 ¿Dónde hay cosa más molesta  
 que oír sólo por respuesta  
 suspiros é interjecciones?
- MARTIN. ¿Pero cuál es tu quebranto?  
 Amigos somos los dos.  
 Habla; dí...
- AMADEO. ¡Pluguiera á Dios  
 que no hubiese hablado tanto!
- MARCELA. Amor le saca de tino;  
 mas no sé quién le avasalla.  
 Si se lo pregunto, calla;  
 solloza si lo adivino.  
 Y por cierto que hace mal,  
 y procede como necio;  
 que de sensible me precio,  
 si no de sentimental.

Siento los males ajenos;  
 soy su amiga verdadera;  
 y satisfacer debiera  
 mi curiosidad al menos.  
 Pero si tanto le halaga  
 dentro del pecho su pena,  
 guárdesela enhorabuena,  
 y buen provecho le haga.  
 Yo...

AMADEO.  
 MARTIN.

Quita allá, ¡que eso es mengua!  
 ¡Nada! A salir del barranco.—  
 A bien que yo soy más franco:  
 no me morderé la lengua.  
 Yo no soy nada hablador,  
 que de prudente me pasó;  
 pero cuando viene al caso  
 hablo más que un sangrador.  
 Precisamente deseo  
 ahora más que nunca hablar:  
 ¡tal dieta me ha hecho pasar!  
 el señor don Timoteo!  
 Ya que usted me da licencia,  
 y puesto que el Dios vendado  
 al más lego, al más callado  
 da facundia y elocuencia,  
 basta, basta de tormento;  
 salga del pecho mi afán,  
 que estoy hecho un alquitran,  
 y si no canto, reviento.  
 No hay que dudar de mi fe,  
 porque Dios me hizo soldado,  
 que Aquiles fué enamorado,  
 y Marte mismo lo fué.  
 No sirve contra Cupido  
 el vestir férrea coraza,  
 que cual si fuera de estraza  
 la taladra el fermentido.  
 Harto he mostrado á mi dama  
 celebrando su belleza,

la intensidad, la fiereza  
 de esta pasión que me inflama.  
 Ni Amadís, ni Beltenebros,  
 ni cuantos de amor bramaron,  
 á sus bellas regalaron  
 tantos, tan dulces requiebros;  
 mas temiendo sus enojos,  
 admiro mi cobardía,  
 no la he dicho todavía:  
 «Muerto me tienen tus ojos.»  
 Mis intenciones son rectas:  
 bien lo puede conocer;  
 pero está visto, es mujer  
 que no entiende de indirectas.  
 Yo con mi amor no la ultrajo,  
 porque al fin soy caballero.  
 Pues pecho al agua. ¿Qué espero?  
 Echemos por el atajo.  
 (¡Oh, qué exordio impertinente!)  
 ¿Qué dice usted?

MARCELA.

MARTIN.

MARCELA.

Nada digo.

Prosiga usted.

AMADEO.

MARTIN.

¡Ah!

Prosigo,

que ya he soltado el torrente.  
 Hay mujeres cuyo oficio  
 es barrenar corazones,  
 y con dulces ilusiones  
 sacar á un hombre de quicio.  
 Mujeres que á su pesar  
 son imán de los placeres;  
 y en fin, señora, mujeres  
 que es forzoso idolatrar.  
 Graciosas, discretas, bellas,  
 y apacibles como el cielo,  
 ¿cuál es el hombre de hielo,  
 que no suspira por ellas?  
 Una entre todas domina,  
 como suele en los collados

entre tomillos menguados  
 descollar gigante encina.  
 Por ella estoy con el Credo  
 en la boca; y no, no es chanza,  
 si no cumple mi esperanza  
 dará conmigo en Toledo.  
 Si el hombre más insensible  
 la adora mal de su grado,  
 ¿qué haré yo, desventurado?  
 Yo, ¡que soy tan combustible!  
 Pues ese dulce martirio;  
 esa deidad de la tierra,  
 que me mueve tanta guerra,  
 que me infunde tal delirio;  
 ese apetecido bien;  
 esa suspirada aurora;  
 ese prodigio...

ESCENA VI.

DON MARTIN, MARCELA, DON AMADEO y JULIANA que llega  
 corriendo.

- JULIANA. ¡Señora!  
 MARTIN. Maldita seas, amen.  
 JULIANA. Venga usted, que hay novedad.—  
 Yo estoy loca.  
 MARCELA. ¿Qué ha ocurrido?  
 JULIANA. Que Clitemnestra ha parido  
 con toda felicidad.  
 MARTIN. ¡Clitemnestra!  
 JULIANA. ¡Pobrecita!  
 MARCELA. ¡Oh, qué gozo! ¡Y cuántos!  
 JULIANA. Tres.  
 MARTIN. ¿Se puede saber quién es?...  
 JULIANA. ¿Quién ha de ser? La gatita.—  
 Venga usted: el uno es negro;  
 otro tiene un collarin...  
 MARCELA. Perdone usted, don Martin.— (Se va corriendo.)  
 Vamos, vamos.

## ESCENA VII.

DON AMADEO y DON MARTIN.

MARTIN.

¡Pues me alegro!

¡Oh, mujer aleve, ingrata!

¡Con la palabra en la boca

me deja como una loca

porque ha parido la gata!

¡Oh cielo!

AMADEO.

MARTIN.

¡Tratarme así!

¡Si lo veo y no lo creo!—

¡Qué dices de esto, Amadeo?

Responde.

AMADEO.

¡Triste de mí!

MARTIN.

¡Quedamos lindas figuras

para adornar un retablo!

AMADEO.

MARTIN.

¡Ay!

Jeremías del diablo,

ya la paciencia me apuras.

¡De qué te quejas, maldito?

AMADEO.

MARTIN.

De mí desdicha.

Si es tanta,

mala angina en tu garganta,

pon en las nubes el grito;

desahoga el corazon;

truenas, y no con esa calma

te estés repudiendo el alma

con tanta lamentacion.

En el café mucho hablar.

Vaya; ¡quién te pone tasa?

Y en entrando en esta casa

sólo sabes suspirar.

Levanta; deja de hacer (Le hace levantar.)

en ese rincon el buho,

y reneguemos á duo

de esa funesta mujer.

Toma parte en mi rabieta,

y pues tanto me ultrajó,  
llámala tú, como yo,  
frívola, falsa, veleta.  
Por mucho que tú te asombres  
de su garbo sin segundo,  
dí que Dios la ha echado al mundo  
para acabar con los hombres.

Dí conmigo, pues me mata:

«Mujer inicua y sin fe,  
permita Dios que te dé  
veinte arañazos la gata.»

AMADEO.

No la haré yo tal agravio;  
no tomaré tal venganza.

Sólo para su alabanza  
osaré mover el labio.

Mientras con saña importuna  
te quejas de su desvío,

yo la pondré, primo mio,

en los cuernos de la luna.

Diré que eclipsa la gloria

de Cleopatra, de Lucrecia,

y de aquella que en la Grecia

dejó perpétua memoria.

Diré que es, cual otro Eden,

aquel rostro afable, hermoso.

Diré que es grato y sabroso

hasta su mismo desden.

Con tierna solicitud,

si tanto puede mi acento,

encomiaré su talento,

ensalzaré su virtud.

Diré que es dulce, sencilla,

cuerda, apacible, donosa;

y diré en verso y en prosa

que es la octava maravilla.

MARTIN.

¡Qué fuego! ¡Qué ponderar!

Estoy de oírte pasmado.

O la viuda te ha flechado,

ó yo no sé qué pensar.

- AMADEO. ¡Ah! Sí; mi pecho la adora,  
y en él su imagen grabada...
- MARTIN. ¡Mire usted con qué embajada  
me sale el primito ahora!  
Yo bien decía entre mí:  
este pisó mala yerba;  
pero es tanta tu reserva...  
nunca obsequiarla te vi...  
Yo atendía á otro negocio,  
y con mi afan no advertia...  
Pues escucha: juraria  
que tenemos otro socio.
- AMADEO. ¡Otro! ¿Y quién?
- MARTIN. Don Agapito.
- AMADEO. Sí, pero en vano porfia.
- MARTIN. Querer á ese hombre seria  
imperdonable delito;  
bien lo conozco. No obstante,  
como amor todo es chiripas...
- AMADEO. ¡Qué! ¡Si da dolor de tripas  
sólo el mirar su semblante!  
Menospreciarle debemos,  
porque á un bicho tan cuitado  
le honraria demasiado...
- MARTIN. Calla, que aquí lo tenemos.

### ESCENA VIII.

DON MARTIN, DON AMADEO y DON AGAPITO con un cucurucho de  
dulces.

- AGAPITO. Todo Madrid he corrido  
por traer de los mejores,  
hasta que al fin .. ¡oh, señores!  
¿Y Marcela? ¿Dónde ha ido?  
(Don Martín y don Amadeo rodean á don Agapito y le  
hablan con mucho misterio.)
- MARTIN. A una solemne funcion.
- AGAPITO. ¿A estas horas? No sospecho...
- AMADEO. Está postrada en su lecho...

- la viuda de Agamenon.
- AGAPITO. ¡Eh, señores! Esa chanza...
- MARTIN. No es ilusion.
- AMADEO. ¡Oh maldad!
- MARTIN. ¡Oh perfidia!
- ¡Oh liviandad,  
que está clamando venganza!
- AGAPITO. Vaya, basta de tramoya,  
que es para aspar á cualquiera...
- MARTIN. ¡Oh Atrida! ¡Más te valiera  
haber fenecido en Troya!
- AGAPITO. Pues digo que es buen humor...
- AMADEO. ¡Ay, señor don Agapito,  
tres de una vez! ¡Oh delito!
- MARTIN. ¡Y el uno es negro! ¡Qué horror!!!
- AGAPITO. Véame yo confundido  
si entiendo un solo vocablo.
- AMADEO. ¡Silencio!
- AGAPITO. Pero ¿qué diablo?...
- MARTIN. ¡Chist!... Clitemnestra ha parido.
- AGAPITO. ¿Clitemnestra? Por mi abuela...
- MARTIN. ¿Quiere usted que lo repita?
- AGAPITO. (Dando palmadas.) ¡Ah! ya entiendo. La gatita,  
la gatita de Marcela.  
Por vida... Me alegro mucho.  
Voy corriendo; voy á ver... (Despidiéndose.)  
Señores...
- MARTIN. ¿Puedo saber  
qué encierra ese cucurucho?
- AGAPITO. Son bombones, capuchinas,  
almendras garapiñadas,  
yemas acarameladas  
y pastillas superfiuas.
- ¿Gusta usted, don Amadeo?  
Y usted...
- MARTIN. La ventura alabo  
de don Agapito. ¡Bravo!  
Ya hay dulces para el bateo.  
Corra usted...

AMADEO. Corra usted; sí.  
Mi enhorabuena le doy.  
MARTIN. Cuidarla mucho.  
AGAPITO. Voy, voy.—  
El negrito para mí.

## ESCENA IX.

DON MARTIN y DON AMADEO.

MARTIN. ¿Has visto, primo, en tu vida  
más ridículo animal?  
AMADEO. Ya se iba amoscando un poco.  
MARTIN. ¡Oh! Y si él se enoja, es capaz...  
de caerse muerto.—Pero  
dejémosle acariciar  
á su Clitemnestra, y vamos  
á otra cosa más formal.  
¿Con que amas á la viudita?  
AMADEO. ¡Y quién, oh primo, verá  
tantas gracias en su rostro  
y en su cuerpo celestial  
sin sentir dentro del pecho  
un amoroso volcan?  
MARTIN. A mí tambien me ha gustado  
más de lo que es regular;  
y por cierto, no esperaba  
que fueses tú mi rival.  
Yo creí que satisfecho  
con merecer su amistad,  
no aspirabas á la dulce  
coyunda matrimonial.  
AMADEO. Tampoco yo esperaba  
que fueses tú su galán.  
MARTIN. ¡Poeta y amar de veras,  
es cosa particular!  
AMADEO. ¿Y qué diremos de tí,  
andaluz y capitán?  
MARTIN. Como que iba yo á pedirte  
me hicieses un madrigal

- para pintar á Marcela  
mi dulce cautividad.
- AMADEO. Yo me iba á valer de tí  
para decirla mi afan.
- MARTIN. Pues querernos á los dos  
no es posible.
- AMADEO. Claro está.
- MARTIN. Dejarla es duro; matarnos  
seria una necedad.  
¿Qué haremos?
- AMADEO. Querido primo,  
ya sabes tú cuán fatal  
soy en amores. La adoro.  
Sólo la tumba podrá  
de mi triste corazon  
la activa llama apagar;  
mas sea que no merezco  
tan peregrina beldad,  
sea que con tantos ayes  
la he llegado á fastidiar,  
bien conozco que Marcela  
no será mia jamás.  
Tú sabes mejor que yo  
la ciencia de enamorar.  
Yo soy tímido en extremo;  
tú eres en extremo audaz;  
á mí no me da esperanzas;  
acaso á tí te las da.—  
Yo te cedo su conquista:  
sí, Martin; y de este umbral  
apartado para siempre,  
triste, desvalido, ¡ay!  
lloraré mi desventura  
en amarga soledad.
- MARTIN. ¡Ah, ah!... Déjame reir.
- AMADEO. ¡Con que estoy para espirar,  
y te ries?
- MARTIN. No hay cuidado:  
pronto te consolarás,

- que amores inconsolables  
no son fruta de esta edad.
- AMADEO. ¡Cómo! ¿Tú dudas, Martín,  
de mi amor?...
- MARTIN. No dudo tal;  
pero hablemos con franqueza,  
pues nos conocemos ya.  
Hoy por Marcela suspiras;  
mañana suspirarás  
por otra.
- AMADEO. Yo soy sensible;  
yo no vivo sin amar.
- MARTIN. Pues por eso mismo es fácil  
que rinda tu voluntad  
otra Filis ú otra Laura,  
amartelado zagal.  
Tres damas te he conocido  
desde el día de San Juan.  
La cuarta es Marcela.—Vamos,  
dime ahora la verdad:  
¿no te atreves con la quinta?  
¿No hay en tu pecho lugar  
para hospedarla? ¡Qué diablos!  
Aunque sea en el zaguan.
- AMADEO. Aún me harás reir, Martín,  
y eso es una iniquidad.
- MARTIN. Yo tambien amo á Marcela;  
pero amo á lo militar,  
reservándome algun tanto  
de juicio y de libertad,  
por si hay que volver las grupas  
hácia el cuartel general.  
Cuando la veo, me inflamo,  
pierdo la chaveta, y más  
si esgrime aquellos ojos  
que tanta guerra me dan.  
Confieso que si lograra  
su mano, fuera el mortal  
más dichoso, pero, amigo,

no me dejará enterrar  
como amante de novela  
si calabazas me da.

AMADEO. Pero en suma, ¿qué partido  
tomaremos?

MARTIN. Declarar  
formalmente nuestro amor  
á la viuda, y cada cual  
ver cómo puede rendirla.  
No es mucha temeridad,  
que ella nos anima á todos  
con su carácter jovial.  
Manos á la obra, Amadeo.  
¡Al grano! que lo demás  
es perder tiempo. Al que venza,  
su fortuna le valdrá,  
y el que quedare vencido  
ceda el campo á su rival.

AMADEO. Pues lo quieres, me conformo.

MARTIN. Entre tanto, dame acá  
esos cinco. Siempre amigos.

AMADEO. Siempre amigos.—Y del tal  
don Agapito, ¿qué hacemos?

MARTIN. Declararle sin piedad  
la guerra; mortificarle,  
perseguirle y no parar  
hasta echarle de esta casa;  
que aunque él es moro de paz,  
y no puede desbancarnos,  
semejante orangutan,  
sin embargo, será útil...

AMADEO. ¿Para qué?

MARTIN. Para estorbar.

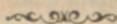
Sígueme; vamos á casa,  
y dispondremos el plan  
de ataque. (Mucho me engaño,  
ó la hago capitular.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

---

## ACTO TERCERO.



### ESCENA PRIMERA.

DON TIMOTEO y MARCELA.

- TIMOTEO. Pues hemos quedado solos,  
ven; sentémonos aquí,  
sobrinita.
- MARCELA. Está muy bien. (Se sientan.)  
¿Qué me quiere usted decir?
- TIMOTEO. Muerto, ó difunto, tres años  
hará el día de San Luis,  
tu marido, tu consorte,  
tu esposo don Valentin;  
eres viuda, pero viuda  
todavía en el Abril;  
quiero decir, en la flor  
de tus años. ¿No es así?
- MARCELA. Cierto. (¿A dónde irá á parar?)
- TIMOTEO. Aunque en edad juvenil,  
por tu estado, tu talento,  
tu independencia, y en fin,  
porque te dan tus haciendas  
una renta de dos mil  
y quinientos pesos fuertes,  
que hoy día es un Potosí,  
eres hábil, apta, idónea,  
segun el fuero civil;  
digamos, segun las leyes  
y costumbres del país,

para hacer lo que te agrade  
de tu persona gentil.

MARCELA. Pero...

TIMOTEO. Sentado y supuesto  
que tienes maravedís,  
esto es, dinero, caudal  
para poder subsistir...  
Digamos...

MARCELA. Al grano, tío.

TIMOTEO. Aunque no es tampoco ruin,  
ó, si se quiere, mezquina,  
cicatera, baladí  
mi fortuna, pues poseo,  
gozo y disfruto en Madrid  
seis mil ducados anuales,  
que no es un grano de anís,  
no te hago ninguna falta;  
no necesitas de mí.  
Pero apenas cinco lustros  
acabas tú de cumplir,  
ó sean veinte y cinco años;  
y supuesto que en monjil  
no se han de trocar tus galas;  
y, si no quieres mentir,  
una voz dentro del pecho  
á nueva amorosa lid  
te está brindando; Marcela,  
sobrina, por San Dionís,  
al yugo del himeneo  
vuelve á humillar tu cerviz.  
Cásate, y antes que muera,  
antes que llegue al confín,  
al término de mi vida,  
que ya la tengo en un tris,  
véame yo en tus hijuelos  
renacer, reproducir,  
ya que no pueda en los míos,  
por culpa de mi Beatriz  
que en gloria descanse, aunque ella

me echaba la culpa á mí.  
 MARCELA. Aun no soy tan vieja, tío,  
 que me tenga sin dormir  
 el ánsia de pronunciar  
 en los altares un sí.  
 Doy por sentado que el hombre,  
 lo mismo aquí que en París,  
 es de la mujer apoyo,  
 como el olmo de la vid;  
 pero aunque tanta viudez  
 ya me empezase á aburrir,  
 porque insensible no soy  
 cual figura de tapiz,  
 eso de casarse, tío,  
 no se hace así como así.

¡He de pregonar mi mano  
 á son de caja y clarín?  
 TIMOTEO. No digo tal; Dios me libre  
 de pensamiento tan vil,  
 ¡porque vale más tu mano  
 que el imperio marroquí!  
 Quédese para las feas  
 el descaro y el ardid,  
 ó sea... ¡Cuántos habrá  
 que suspiren entre sí,  
 quiero decir, en silencio,  
 por enlazar, por unir  
 su destino con el tuyo!  
 Ahí tienes á don Martín,  
 al capitán, que delira,  
 bebe los vientos por tí.  
 MARCELA. ¿De veras?

TIMOTEO. Sí, me lo dijo  
 sobre mesa, y no en latín,  
 porque, como al fin, criado  
 en la orilla del Genil,  
 tiene un desparpajo... Y vaya;  
 que no es cosa de escupir,  
 de menospreciar... Treinta años;

hombre fuerte, varonil;  
capitan de artillería,  
con haciendas en Coin,  
y en Loja, y en Antequera;  
noble como el mismo Cid;  
franco, alegre... Para esposo,  
vamos, no hay más que pedir.—  
¡Ah, picaruela! ¿Te ries?  
El se ha valido de mí...

MARCELA.  
TIMOTEO.

Pero...  
Entiendo. Tu modestia,  
tu rubor... ¡Oh, qué sutil,  
qué sagaz soy yo, qué fino  
para esto de descubrir,  
adivinar, sorprender  
un secreto femenino!  
Esto es hecho. Ahora á tus solas...  
Adios, me voy al jardin.  
Echaré pan á los peces  
y subiré perejil  
para mañana. ¡Qué boda!  
¡Qué brillante porvenir!  
Serás muy afortunada,  
muy dichosa, muy feliz.

## ESCENA II.

MARCELA.

MARCELA. ¡Pues! Porque ve que me rio,  
ya se ya tan satisfecho;  
ya presume que mi pecho...  
¡Qué original es mi tio!  
Sensible soy como todas;  
no me pienso emparedar,  
pero me pongo á temblar  
con sólo hablarme de bodas.  
Me hallo bien con mi reposo,  
con mi dulce libertad,

y temo hallar en verdad  
 un tirano en un esposo.  
 Mas si al fin, como mujer,  
 me es forzoso sucumbir,  
 ya que yo lo he de sufrir,  
 yo me lo quiero escoger.

### ESCENA III.

MARCELA y JULIANA.

- JULIANA. ¡Buenas nuevas! El criado  
 de don Agapito ahora  
 me acaba de dar, señora,  
 este billete cerrado.
- MARCELA. ¡Y á quién dirige esa esquela  
 el señor don Agapito?
- JULIANA. Lea usted el sobre-escrito.
- MARCELA. (Toma el billete, y lee el sobre.)  
 «Para la hermosa Marcela.»—  
 Extraño, por vida mía,  
 que un papel quiera enviarme  
 un hombre que pueda hablarme  
 á cualquier hora del día.
- JULIANA. Faltándole atrevimiento  
 para hablar, la cosa es clara,  
 en ese papel declara  
 su amoroso pensamiento;  
 pues, por mucho que presume  
 de la victoria, es constante  
 que maneja todo amante  
 mejor que el labio la pluma.  
 Sí; carta es de amor.
- MARCELA. Lo creo,  
 porque me dijo no há mucho...
- JULIANA. Ya con impaciencia escucho.  
 Abra usted, pues.
- MARCELA. Abro y leo.  
 «Adorable y adorada Marcelina: Unidos

nuestros corazones por los ocultos resortes de mágica armonía, como los sones del trombon se acuerdan con los ecos del violin cuando marcan los compases de una contradanza con melodiosa cadencia...»

¡Buen principio! Esto promete.

Me pasma tanta elocuencia.

JULIANA. Con melodiosa cadencia...

Vale un mundo ese billete.

MARCELA. «Dias há que nuestros ojos son los únicos intérpretes de nuestra recíproca ternura; pero ha tomado tal incremento la mia, que ya no la puedo contener en los límites de mi silencio, aunque expresivo y elocuente. Un poeta misántropo y calenturiento; un militar atolondrado y hablador, la bloquean á usted, y, envidiosos de mi ventura, parece que se empeñan en secuestrar mis amores. Declaro, pues, por escrito, desesperado de poderlo hacer de palabra, que mi gusto por la danza, mi pasión por la moda, mi fanatismo por las sedentarias é inocentes labores del bello sexo, á que usted pertenece, y con el cual aspiro á identificarme, y últimamente, mi afición á las pastillas de coco y á los merengues, no embelesan tanto mis sentidos como una sola mirada de la interesante Marcela. Arda, pues, para nosotros la antorcha de Himeneo, y envidien todos los elegantes de Madrid al derretido y amartelado *Agapito Cabriola y Bizcochea.*»

JULIANA. ¡Oh, qué melfluo papel!

MARCELA. Su lectura causa tedio.

¡Qué novio para un remedio!

JULIANA. Pues calabazas en él.

MARCELA. Me enfada su presuncion y su descaro inaudito.

¿Cuándo el tal don Agapito conquistó mi corazon?

Si á mi despecho tal vez

sus visitas he sufrido,  
 porque mi paciencia ha sido  
 mayor que su estupidez;  
 si su necia petulancia  
 me ha dictado con razon  
 algun elogio burlesco  
 que ha convertido en sustancia;  
 si, como hago con cualquiera  
 por no poderlo evitar,  
 mi mano le suelo dar  
 al subir una escalera;  
 si sufro, por no hacer dengues  
 sobre lo que nada vale,  
 que alguna vez me regale  
 caramelos y merengues,  
 no le autorizo por esto  
 á tan extraña osadía,  
 ni mi amor jamás pondría  
 en hombre tan indigesto.

JULIANA. ¡Uff! Me da dolor de muelas;  
 de mirarle me empalago.  
 Déle usted carta de pago,  
 y vaya á las Covachuelas.

MARCELA. No pasará de esta noche,  
 puesto que á tanto se atreve.  
 Ya que el demonio me lleve,  
 quiero que me lleve en coche.

JULIANA. ¡Y qué le digo al criado  
 que espera contestacion?

MARCELA. Le dirás que á la oracion...  
 (Suena una campanilla.)  
 Anda á ver quien ha llamado.

#### ESCENA IV.

MARCELA.

MARCELA. ¡Pues estará poco ufano  
 con mi pretendido amor!

¿Yo esposa suya? ¡Qué horror!  
 Antes cortarme la mano.  
 Yo le haré con mis desprecios...  
 ¡Señor, que no ha de poder  
 ser amable una mujer  
 sin que la persigan necios!

### ESCENA V.

MARCELA y JULIANA.

JULIANA. Señorita, ¡gran correo!  
 Dos cartas más. ¡Qué fortuna!  
 Don Martín manda la una,  
 la otra don Amadeo.  
 También esperan respuesta  
 los criados de los dos.

MARCELA. Dame, dame.—Santo Dios,  
 ¿qué conspiración es esta?

JULIANA. ¡Bueno! ¿Qué hace usted con tres  
 declaraciones ahora?

MARCELA. Leamos.—«A mi señora  
 doña Marcela Cortés.»

JULIANA. (La veo en terrible aprieto.—  
 ¿Quién se llevará la torta?)

MARCELA. Esta á lo menos es corta.

«A *Marcelita*: soneto.—

Si digno fuera de tu ansiada mano  
 quien más rendido tu belleza adora,  
 pronto luciera la benigna aurora,  
 término á tu desden, que lloro en vano.

Mas ¡ay! jamás logró poder humano  
 dar leyes al amor; jamás, señora,  
 que, á poderlas dictar, mi pecho ahora  
 se holgara de romper su yugo insano.

No con dulce esperar me lisonjeo:  
 sólo te pido en premio á mi ternura,  
 el fatal desengaño que preveo:

Bien como en cárcel h6rrida y oscura  
solia un tiempo el inocente reo  
la muerte preferir 6 la tortura.

*Amadeo Tristan del Valle.*»

- JULIANA. A ese no habr6 quien le tilde  
de vano y de presumido.  
¡Qu6 modesto, qu6 rendido,  
qu6 respetuoso, qu6 humilde!
- MARCELA. Si es cierto amor tan extraño,  
yo estoy muy comprometida,  
porque va 6 perder la vida  
si le doy un desengaño.
- JULIANA. Pero es tan bello sujeto,  
tan amable... Bien merece...  
(Buena señal, que enmudece.)
- MARCELA. Mucho me agrada el soneto.
- JULIANA. Por fuerza ha de ser muy fiel  
quien tales sonetos fragua.  
¡Eh, señora! Pecho al agua.  
Decídase usted por 6l.
- MARCELA. No es imposible que sienta  
lo que me dice.
- JULIANA. Pues ya.
- MARCELA. Pero el soneto quiz6  
se ha escrito para cuarenta.
- JULIANA. Con tal marido, yo espero...
- MARCELA. Despues de la bendicion,  
suele volverse leon  
el m6s tímido cordero.
- JULIANA. Mi corazon se conmueve,  
y 6 ser la cosa conmigo...
- MARCELA. Confieso que es el amigo  
que m6s aprecio me debe;  
mas casarme...
- JULIANA. Voto 6 San...  
Si no nos aventuramos,  
(Despues de un momento de reflexion.)  
señora mía...

MARCELA.

Leamos

la carta del capitán.—

«Amable Marcelita: Esta tarde me hubiera declarado verbalmente, á no habérmelo impedido el parto de *Clitemnestra*. Me dejó usted plantado por una gata...»

Aunque nada hay malo en esto, nunca tan frívola fui.

Para escaparme de aquí me valí de aquel pretexto; porque estaba ya en un potro, y no podía sufrir al uno por su gemir, y por su charlar al otro.—

«Pero yo no lo atribuyo á desprecio, sino á un capricho, á una chanza, ó tal vez al designio de hacerme ver que ciertas materias se deben tratar sin testigos.—Ya es tiempo de explicarme.

»Treinta años hace que soy soltero, y no es para hombres de mi temple el ser toda la vida de Dios una misma cosa. Unos me pintan el matrimonio como el más espantoso cautiverio; otros dicen que es un manantial de dichas y de placeres. Cada uno cuenta de la feria como le va en ella. Yo quiero salir de dudas, porque siempre he sido curioso, y porque empiezo á cansarme de andar, como suelen decir, á salto de mata. Los mandamientos de la ley de Dios me prohíben hostilizar á la mujer del prójimo. Dicen que todo lo puede el dinero: mentira. Yo tengo tres mil duros de renta, y nunca he podido comprar los verdaderos placeres, que otros más afortunados disfrutan *gratis*. Me canso de lidiar con patronas y lavanderas. Por otra parte, cuando yo nací, mi padre fué lo que yo no he sido todavía, y un hombre como yo no ha de ser menos que su padre. Por estas y otras razones he resuelto ca-

sarme; y habiendo de elegir una esposa, ¿quién mejor que usted, viudita mía? Talento, gracia, hermosura... ¡Cuántos presagios de ventura matrimonial!—Aunque créo que no me mira usted con repugnancia, ignoro todavía el lugar que ocupo en ese corazón; pero me parece que no haría usted ningún disparate en casarse conmigo, porque, sin vanidad, me atrevo á ser tan buen consorte como el primero.

»Ya ve usted que esto es hablar al alma. He dicho. Responda usted ahora con la misma franqueza á su resuelto pretendiente, Q. S. P. B.—*Martin Campana y Centellas.*»

¡Epístola singular!

¿Has visto un novio más brusco?

JULIANA. Por cierto que el hombre es chusco.

¡Qué modo de enamorar!

MARCELA. Alabo su buen humor,  
y su carta me da gozo,  
que al fin es soberbio mozo...

JULIANA. Y muy soberbio hablador.

MARCELA. Mas con gracia.

JULIANA. No ha de ser  
Por mi voto el preferido.  
¡Dios me libre de un marido  
que hable más que su mujer!

MARCELA. ¿Con que no te agrada?

JULIANA. No.

MARCELA. Yo le haría mil desdenes.  
Juliana, mal gusto tienes.—

¿Y si le escogiera yo?

JULIANA. Preciso es que la chaveta  
perdiera usted, ama mía.  
A quien yo preferiría  
es al poeta.

MARCELA. El poeta...

Sí...

- JULIANA. Yo hablo sin interés.  
 Ello, usted se ha de casar.
- MARCELA. ¡No me dejan respirar!
- JULIANA. Vamos; ¡á cuál de los tres...
- MARCELA. Poco á poco. ¡Es puñalada  
 de pícaro! Loca estoy.  
 ¡Tres á un tiempo! Se lo doy.  
 Juliana, á la más pintada.
- JULIANA. ¡Pero qué contestacion  
 á los criados daré?
- MARCELA. Que aquí vuelvan, les diré,  
 sus amos á la oracion.
- JULIANA. ¡Pues qué, va usted á salir?
- MARCELA. Voy á hacer una visita  
 ahí arriba, á doña Rita.
- JULIANA. No me quiere usted decir...
- MARCELA. Muy pronto, te lo prometo,  
 todos mi eleccion sabrán.—  
 (¡Qué franco es el capitán!—  
 ¡Qué letrilla, y que soneto!)  
 (Se retira pensativa.)

ESCENA VI.

JULIANA.

- JULIANA. ¡Mal haya tanto misterio!  
 Ahora iria con el chisme  
 á Gertrudis si supiera...  
 ¡Desgraciadas las que sirven  
 á estos señores que quieren  
 que todo se lo adivinen!—  
 Vamos, no dirá el poeta  
 que Juliana es insensible  
 á su regalo.—Y presumo  
 que la viuda le distingue.—  
 Por otra parte, yo temo  
 que la balanza se incline  
 á don Martin.—Esta duda

tanto me aburre y me aflige,  
 como si fuera yo alguno  
 de los tres novios insignes.—  
 Con esto, y con que despues  
 se la lleve el alfeñique  
 de don Agapito... ¡Oh! No.  
 ¡Qué locura! No es posible.—  
 ¡Quién se acerca?—El es.

### ESCENA VII.

JULIANA y DON AGAPITO.

AGAPITO. Juliana,  
 muy buenas tardes.

JULIANA. Felices.

AGAPITO. Ya sé que tu ama ha leído  
 mi billete. Dime, dime...

JULIANA. Le cita á usted...

AGAPITO. Ya lo sé.  
 ¡Si me lo ha dicho Felipe...  
 Pero yo estoy impaciente,  
 y es preciso que averigüe...

JULIANA. Tambien ha citado...

AGAPITO. ¿A quién?

JULIANA. Al poeta.

AGAPITO. ¿Qué me dices?  
 ¿Se ha declarado por fin?

JULIANA. Sí, señor.

AGAPITO. ¡Mire usted!

JULIANA. *Item.*  
 Comparecerá tambien  
 á su tribunal temible  
 el capitán don Martín,  
 á fin de que se administre  
 recta justicia á los tres.

AGAPITO. ¡Bien! Comparecencia triple.  
 ¿Es concurso de acreedores?  
 Con tal que á mí me adjudiquen

la hipoteca... ¡Oh! ¡Quién lo duda?—  
 Me alegro de que nos cite  
 á un tiempo á los tres. Mi triunfo  
 así será más plausible,  
 más solemne, y mis rivales...  
 ¡Cuánto voy á divertirme!  
 dí: ¡cómo, cómo leyó  
 mi carta? Con apacible  
 sonrisa, con cierta... Aguarda:  
 ¿te gustan los diabolines?  
 Aun tengo...

JULIANA. No soy golosa.

AGAPITO. ¡Qué le ha parecido el símil...

JULIANA. No entiendo.

AGAPITO. La consonancia

de trombones y violines,

comparada á nuestro amor.

El pensamiento es sublime.

¡Lo celebró? (va oscureciendo.)

JULIANA. Sí, señor;

soltando el trapo á reirse,

como yo.

AGAPITO. Pues; de alegría.

Y dime: ¿tú no advertistes

palpitacion en su pecho,

y así... un rubor...

JULIANA. (¡Oh, qué chinche!)

Excuse usted las preguntas,

porque yo no he de decirle

ni una palabra.

AGAPITO. Está visto.

Sin duda se me apercibe

alguna dulce sorpresa.

¡Oh! Pero yo soy muy lince.

JULIANA. Al más lince se la pegan.

AGAPITO. ¡Oh! Lo que es á mí, es difícil.—

Hablemos claros: yo sé

que Marcela se desvive

por mí, y esos mentecatos,

en vano, en vano compiten  
conmigo.

JULIANA. Tengo que hacer,  
y si usted me lo permite...

AGAPITO. Anda con Dios.—Ah, te ofrezco,  
luego que se realice  
mi casamiento...

JULIANA. ¡Un vestido?

AGAPITO. Una libra de confites.

JULIANA. Mil gracias por la fineza.  
(Mala víbora te pique.)

### ESCENA VIII.

DON AGAPITO.

AGAPITO. ¡Bravo! La victoria es mía.  
Esta noche se despiden  
mis rivales, y no bien  
me dejen el campo libre,  
trataremos de la boda.  
A medio día, convite  
gastronómico: á la noche,  
gran concierto, baile... Envidien  
mi fortuna los que tanto  
con sus bromas me persiguen;  
los que me llaman enclenque,  
y fátuo, y... Yo sé el *busilis*  
mejor que nadie; y mujer  
que á mis gracias no se rinde,  
bien puede decir... ¡Qué veo!  
allí vienen el belitre  
de don Martín y su primo  
don Amadeo. ¡Infelices!

### ESCENA IX.

DON AGAPITO, DON MARTÍN y DON AMADEO.

MARTÍN. No puede tardar. Aquí  
la aguardaremos.



- No haga usted caso. Son chistes de mi primo. ¡Usted casarse!
- AGAPITO. Sí, señor. ¡Y quién lo impide?
- MARTIN. Y con Marcela. ¡Ahí es nada!
- AGAPITO. ¡Bueno es que ustedes me priven!...
- MARTIN. Hombre, no sea usted fátuo.
- AMADEO. Hombre, no sea usted simple.
- MARTIN. ¡Dónde se ha metido usted?
- AMADEO. Mejor es que se retire \* con sus honores...
- AGAPITO. ¡Por vida!...  
Desde que tengo narices,  
no me he visto...
- MARTIN. ¡Quiere usted,  
con esa traza de tiple,  
enamorar á Marcela?  
Si fuera entonar un *Kirie*...
- AGAPITO. ¡Oiga usted!...
- AMADEO. ¡Marido un *quidam*  
que padece de raquitis!
- MARTIN. Si usted se casa... perdone  
que su fin le pronostique;  
no vive usted veinte días.
- AMADEO. ¡Qué veinte días! Ni quince.
- AGAPITO. ¡Quieren ustedes dejarme?
- MARTIN. ¡Vaya una figura triste!
- AGAPITO. ¡Pero hay valor para esto?
- AMADEO. ¡Vaya una cara de tisis,  
que da gozo!
- AGAPITO. ¡Voto á bríos!
- AMADEO. ¡Lindo mueble!
- MARTIN. ¡Lindo dige!
- AGAPITO. ¡Me ahorcara!
- AMADEO. ¡Vaya un apunte!
- MARTIN. ¡Vaya un ente inverosímil!
- AGAPITO. Señores, basta de broma.
- MARTIN. ¡Eh! ¡Quiere usted que me explique  
de otro modo?
- AMADEO. Mejor es.

Dejémonos de perfiles.  
Renuncie usted á la mano  
de Marcela.

AGAPITO.

Es imposible.

MARTIN.

Deje usted de visitarla.

No es justo que nos fastidie...

AMADEO.

Que nos estorbe...

AGAPITO.

Esas cosas

de ningun hombre se exigen;

y primero...

MARTIN.

¡Con que usted

gallea?

AMADEO.

¡Usted se resiste?

(Tirándole de un brazo.)

MARTIN.

Pues véngase usted conmigo.

(Tirándole del otro.)

AMADEO.

Pues veremos si usted riñe  
como habla. Sígame usted.

AGAPITO.

Señores, no me desquicien.

MARTIN.

Déjale. Vamos al campo.

AMADEO.

Es inútil que porfies.

Antes lidiará conmigo.

AGAPITO.

Pero entre Escila y Caribdis

¡qué hago yo?

MARTIN.

Suéltale.

AMADEO.

Aparta.

AGAPITO.

¡Por piedad, no me asesinen  
ustedes!

MARTIN.

¡Al campo!

AMADEO.

¡Al campo!

AGAPITO.

¡Quién me socorre! ¡Ah caribes!

### ESCENA X.

DON AMADEO, DON AGAPITO, DON MARTIN, DON TIMOTEO  
y JULIANA.

(Don Martin y don Amadeo sueltan á don Agapito. Juliana trae luces.)

TIMOTEO.

¡Qué es esto?

JULIANA.

¡Qué es esto?

- AMADEO. Nada.
- TIMOTEO. Esos gritos...
- MARTIN. Una broma.
- AGAPITO. Pero broma muy pesada.
- MARTIN. ¿Se pica usted, camarada?  
Pues con su pan se lo coma.
- TIMOTEO. ¡Picarse! ¡Qué disparate!—  
Pero al oír tal debate,  
yo pensaba, por mi abuelo,  
que se trataba de un duelo,  
ó desafío, ó combate.
- MARTIN. ¡Qué! No señor. Le hemos dicho  
que deje de pretender  
á Marcela.
- TIMOTEO. ¡Buen capricho!
- MARTIN. Porque ella es mucha mujer  
para semejante bicho.
- AGAPITO. ¿No ve usted cómo me insultan?  
Yo lo sufro.
- AMADEO. Por desidia.
- AGAPITO. Mas si antes no me sepultan,  
Marcela... En vano lo ocultan:  
se están muriendo de envidia.
- TIMOTEO. ¡Silencio!—Amigos, ahora,  
luego, más tarde, despues...
- JULIANA. Fuego de amor los devora;  
mas ya vendrá mi señora,  
y escogerá entre los tres.—  
Oiga usted, don Amadeo,  
(Se lo lleva á un lado, y hablan aparte. Lo mismo hace  
don Timoteo con don Martin.)  
hablé por usted á mi ama.  
De usted será. Así lo creo.
- AMADEO. ¡Fausto amor! ¡Dichosa llama!—  
Mas ¡ay! te engaña el deseo.
- TIMOTEO. Usted va á rendir el muro.
- MARTIN. ¿Será mía?
- TIMOTEO. Lo aseguro.
- MARTIN. ¡Si vale usted un tesoro!

- TIMOTEO. Lo afirmo, y lo corroboro,  
y lo sostengo, y lo juro.
- AGAPITO. ¡Cuánto tarda! Me impaciente. —  
¡Oh! Con tísis y sin tísis,  
ya se verá... Pasos siento.
- JULIANA. Ya está aquí.
- TIMOTEO. Llegó el momento  
decisivo; esto es, la crisis.

ESCENA XI.

DON TIMOTEO, DON MARTIN, JULIANA, MARCELA, DON AGAPITO  
y DON AMADEO.

- TIMOTEO. Bienvenida.
- AMADEO. (¡Oh dulce vista!)
- MARCELA. Caballeros, buenas noches.
- TIMOTEO. Aquí tienes tres amantes,  
ó bien tres adoradores,  
que solicitan, pretenden,  
anhelan ser tus consortes.  
Todos tienen buenas prendas,  
ó cualidades, ó dotes;  
y es fuerza que alguno de ellos  
tu preciosa mano logre.  
¿A cuál de los tres eliges?  
¿A cuál de los tres escoges?
- MARCELA. Declarados ya los tres,  
el triste deber me imponen,  
mi amistad, mi honor, mi estado,  
de decir á estos señores  
libremente mi sentir:  
y pues el poder del hombre,  
como ha dicho alguno de ellos,  
no manda en los corazones,  
yo espero que sin rencor  
á mi fallo se conformen.  
Lo prometo.
- AGAPITO. Y yo tambien.
- MARTIN.

AMADEO. Y yo.

MARCELA. Tres declaraciones  
he recibido esta tarde  
que me colman de favores.  
Ahora bien: responderé  
á todos tres por su órden.—  
Don Agapito...

AGAPITO. ¡Ay, Marcela!  
(Sólo á mí me corresponde.  
Sus ojos lo están diciendo.)

MARCELA. Aunque me sobran razones,  
para quejarme de usted,  
pues no sé cuándo, ni dónde  
le he dado yo fundamento  
para que tanto blasone  
de mi soñado cariño...

AGAPITO. Señora... yo...

MARTIN. Aquí se oye  
y se calla...

MARCELA. La indulgencia  
ha sido siempre mi norte;  
y mal puedo yo evitar  
que usted viva de ilusiones.  
Le perdono su osadía.—  
Por lo que hace á sus amores,  
los agradezco en el alma,  
siquiera por los bombones  
que me regaló esta tarde;  
mas le ruego no se enoje  
si digo que para usted  
mi corazón es de bronce.

AGAPITO. ¡Qué escucho!

MARCELA. No hay que afligirse.  
Siendo tantos los primores  
de esos piés y de esas manos,  
mujeres hay, más de doce,  
á las cuales un marido  
como usted vendrá de molde,  
ya que no haga justicia

á un mérito tan enorme.  
 Pero le daré un consejo,  
 siempre que á mal no lo tome.  
 Si usted pretende, hijo mio,  
 ser venturoso en amores,  
 déjese de caramelos;  
 robustezca sus pulmones;  
 emancipe su cintura  
 del corsé que se la come;  
 déjese de figurines,  
 déjese de rigodones;  
 que el hombre, ante todas cosas,  
 está obligado á ser hombre.

AGAPITO. ¡Usted tambien! Vive Dios,  
 que ya no hay paciencia...

TIMOTEO. ¡Pobre

don Agapito! Si usted  
 consiente en que yo le adobe,  
 le cure, le restablezca,  
 desencanije y entone...

AGAPITO. Déjeme usted, que estoy hecho  
 un tigre, un rinoceronte.  
 ¡A mí tal desaire! A mí...  
 Estoy echando los bofes  
 de cólera y de... ¡Qué digo?  
 Eso quieren: que me amosque,  
 y me desespere, y... No;  
 que hay hermosuras mayores  
 muertas por mí.—Sí, señora;  
 y porque usted me abochorne,  
 no dejaré yo de ser  
 la delicia de la córte.

ESCENA XII.

MARCELA, DON AMADEO, DON MARTIN, DON TIMOTEO y JULIANA.

JULIANA. (Ese ya va despachado.)

TIMOTEO. ¡Qué estúpido es ese jóven,

qué necio, qué mentecato,  
y qué estólido, y qué torpe!  
No; pues como no se enmiende,  
ó se corrija, ó reforme,  
le anuncio, le pronostico,  
le presagio mil sofiones;  
¡oh! y exequias prematuras,  
anticipadas, precoces.

MARTIN. ¡Conque á quién le toca ahora?

AMADEO. (Yo tiemblo como el azogue.)

MARCELA. Al señor don Amadeo.—

Sentiré que le incomode  
mi franqueza. Yo le estimo  
como á un hermano. Son nobles  
sus sentimientos; su trato  
el más ameno; es muy dócil,  
muy fino, muy consecuente,  
y me faltan expresiones  
para ensalzar su talento;  
mas, por mucho que me honre  
con su mano, nuestros gustos,  
nuestros genios, son discordes.  
El es serio, reflexivo,  
taciturno; y yo, señores,  
viva, alegre, bulliciosa.  
Además, aunque él me adore,  
jamás podré conseguir  
que á las musas abandone;  
y tendré celos de Erato,  
de Talia y de Caliope.—  
Mas ya que el hado no quiere  
que esposo mio le nombre,  
más tierna amiga que yo  
no ha de hallar en todo el orbe.

AMADEO. (Muy exaltado.)

¿Amiga? ¡Qué profieres!

¿Merece mi cariño tanto agravio?

¡Ah! Rompa ya mi labio,

rompa el silencio, pues mi muerte quieres.

¡Oh tú, la más cruel de las mujeres!  
 ¡Oh tú, cuyos hechizos  
 por mi destino aciago  
 adoro á mi despecho!  
 ¡Sólo me ofreces de mi amor en pago  
 yerta amistad?—Arráncame del pecho  
 en donde está grabada,  
 arráncame primero, ingrata, impía,  
 tu imágen adorada.  
 La amistad apacible  
 tal vez se cambia en amorosa hoguera;  
 ¿mas dónde el insensible,  
 dónde está el corazón, cobarde, helado,  
 que á la amistad desciende  
 cuando en llama voraz Amor le enciende?  
 No, no. Sé mi enemiga,  
 pues no merece el mísero Amadeo  
 á par de tí ceñirse en los altares  
 la plácida corona de Himeneo.  
 En tanto mis pesares,  
 lejos de tí llorando, en la ribera  
 del lento Manzanares,  
 yo, con voz lastimera,  
 á los vientos daré tristes cantares.  
 ¡Adios!

MARCELA.

Pero oiga usted...

AMADEO.

No. Ya es en vano.

MARTIN.

Primo...

TIMOTEO.

¡Raras manías!—

Mire usted, considere, reflexione,  
 que como no abandone...

AMADEO.

¿Ya va usted á ensartar sus profecías?  
 Cállese usted, y el diablo se lo lleve.—

¡Adios, mujer alevel!

¡Adios por siempre! ¡Adios! Nuevo Macías,  
 víctima moriré de tus rigores.

En tiernas elegías

cantad, hijos de Apolo, mis amores,  
 y mi tumba llorad, llorad, pastores.

## ESCENA ÚLTIMA.

MARCELA, DON TIMOTEO, DON MARTIN y JULIANA.

MARCELA. ¡Don Martin, lloro ó me río?  
porque á la verdad, yo dudo  
lo que debo hacer.

MARTIN. Reir  
es lo mejor.

TIMOTEO. ¡Qué *ex abrupto*,  
qué descarga, qué andanada,  
qué tempestad, qué diluvio  
de quejas y de clamores,  
de lágrimas y de insultos!

MARCELA. ¡Pero habrá perdido el juicio?

MARTIN. ¡Cómo, si nunca lo tuvo!  
Ya ve usted, poeta... Pero  
no hay cuidado: ese es un flujo  
de palabras. El morirse  
de amores ya no está en uso.

TIMOTEO. Ea, vamos; ya está visto  
que es tu novio ó tu futuro  
don Martin.

JULIANA. ¡Pobre poeta!

TIMOTEO. Aplaudo, celebro mucho  
tu buena eleccion, tu acierto;  
quiero decir, tu buen gusto.

MARTIN. Si merezco tanta gloria,  
no habrá, señora, en el mundo  
quien no envidie...

MARCELA. Usted perdone.  
don Martin, si le interrumpo. —  
Confiese usted que no tiene  
todavía muy maduros  
los cascos para marido.  
Aun no está usted muy seguro  
de quererme sólo á mí.  
Aun están muy en tumulto

esas pasiones; y yo,  
 que no fui con mi difunto  
 muy dichosa, antes que humille  
 otra vez mi frente al yugo,  
 lo miraré muy despacio.  
 Palabras que como el humo  
 se disipan, nada prueban,  
 y á quien cumplió cinco lustros,  
 don Martin, no se deslumbra  
 con amorosos arrullos.  
 Aunque un poco atolondrado,  
 usted, no lo dificulto,  
 sería muy buen marido;  
 mas dice un refran del vulgo  
 que lo mejor de los dados  
 es no jugarlos.

MARTIN.                    ¡Me luzco  
 como hay Dios!

TIMOTEO.                    Pero sobrina...

MARTIN.                    ¡Con que tampoco hay indulto  
 para mí?

MARCELA.                    Perdone usted.

No es vanidad, no, lo juro,  
 la causa de este desvío  
 con que á tres novios renuncio;  
 pero amo mi libertad  
 y en ella mi dicha fundo.  
 No aborrezco yo á los hombres  
 aunque severa los juzgo.  
 Confieso que para amigos  
 son excelentes algunos;  
 para amantes, casi todos,  
 para esposos... ¡abrenuncio!  
 Mi séxo me inclina á ellos;  
 mi razon toma otro rumbo.—  
 No sé al fin quién vencerá,  
 porque yo no soy de estuco.  
 Entre tanto ni desprecio  
 á los hombres ni los busco.

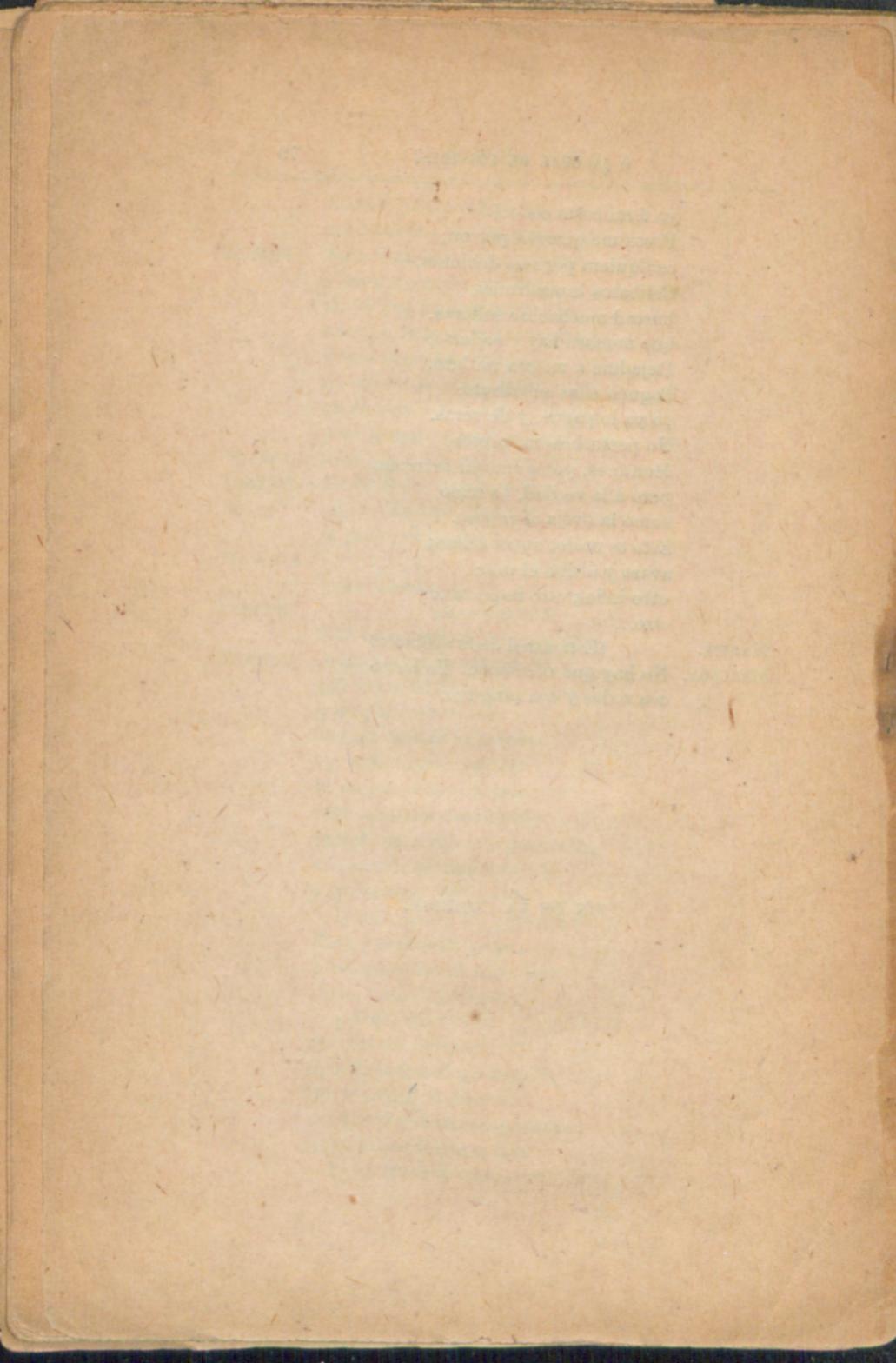
- Buenas palabras á todos,  
mi corazon... á ninguno.
- MARTIN. Esta franqueza me encanta,  
y seria un necio, un bruto  
si, ya que aspirar no puedo,  
aunque de amor me consumo,  
á una mano tan preciosa,  
no cifrase yo mi orgullo  
en elogiar á Marcela  
y en llamarme esclavo suyo.
- JULIANA. ¿Con qué no se casa usted?
- TIMOTEO. He de bajar yo al sepulcro  
sin el consuelo, el alivio,  
el gusto, el placer...
- MARCELA. Presumo  
que así será.
- TIMOTEO. ¿Mas por qué?
- MARCELA. ¿Por qué, mujer? Yo me aburro.  
Boda quiere la soltera  
por gozar de libertad,  
y mayor cautividad  
con un marido la espera.  
En todo estado y esfera  
la mujer es desgraciada;  
sólo es menos desdichada  
cuando es viuda independiente,  
sin marido ni pariente  
á quien viva sojuzgada.
- Quiero, pues, mi juventud  
libre y tranquila gozar,  
pues me quiso el cielo dar  
plata, alegría y salud.  
Si peligra mi virtud,  
venceré mi antipatía,  
mas mientras llega este día  
¿yo marido? ni pintado,  
porque el gato escarmentado  
huye hasta del agua fria.  
Los humanos corazones

yo á mi costa conocí.  
 Pocos me querrán por mí;  
 cualquiera por mis doblones.—  
 Celibatos camastrones,  
 buscad muchachas solteras,  
 que muchas hay casaderas.  
 Dejadme á mí con mi luto.  
 Paguen ellas su tributo:  
 yo ya lo pagué, y de veras.  
 No perturbeis mi reposo.  
 Hombres, yo os amo en extremo,  
 pero á la verdad, os temo  
 como la oveja al raposo.  
 Este es necio; aquel celoso;  
 avaro y altivo el uno;  
 otro infiel; otro importuno;  
 otro...

MARTIN.                   ¿Está usted dada al diablo?

MARCELA. No hay que ofenderse. Yo hablo  
 con todos y con ninguno.

FIN DE LA COMEDIA.



2-50

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
 THE DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES  
 DEPARTMENT OF CHEMISTRY  
 5712 SOUTH DICKENS STREET  
 CHICAGO, ILLINOIS 60637

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, librerías de los Sres. Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martín, D. Fernando Fe; y en Provincias, en las principales.

Los pedidos por mayor á casa del Editor, calle de Colu-  
mela, núm. 17, primero.